

# Nuevos textos para las obras completas de P. A. de Alarcón

POR

EULALIA HERNANDEZ SANCHEZ

ELISA RAMON SALES

M.<sup>a</sup> ISABEL LOPEZ MARTINEZ

Al leer los índices del *Museo Universal*, llama la atención la reiterada y, al mismo tiempo, valiosa colaboración de Pedro Antonio de Alarcón a las páginas de esta revista quincenal. Noticia de ello ya teníamos a través del libro publicado por el Dr. Baquero Goyanes bajo el título *El cuento español en el siglo XIX* (1), en el que el profesor Baquero nos ofrece un importantísimo apéndice cronológico-bibliográfico de todos los cuentos aparecidos durante este siglo. Igualmente nos han sido muy útiles las conversaciones mantenidas con el profesor Hernández Serna, conocedor minucioso de esta revista.

Nuestra primera intención fue extraer todo lo publicado por P. A. de Alarcón en *El Museo Universal* y cotejarlo con el mayor número posible de las muchas ediciones que se hicieron de sus obras, pues, como es sabido, P. A. de Alarcón es uno de los autores que se distingue por un incesante deseo de mejorar sus composiciones, cosa que le lleva a corregirlas una y otra vez.

Sin embargo, hemos podido observar que no sólo hay variaciones en sus textos sino que, incluso, algunos de ellos no aparecen en sus *Obras Com-*

---

(1) BAQUERO GOYANES, M., *El cuento español en el siglo XIX*. R.F.S. Anejo L. Madrid, 1949, precede al título C.S.I.C. Patronato Menéndez Pelayo, Inst. Miguel de Cervantes, págs. 180-199.



pletas. José F. Montesinos (2) en el apartado que dedica a las obras de juventud de este autor hace referencia a tres de estos textos excluidos, y que concretamente son: «España y los franceses» (página 132); «El Buen Retiro» (página 173); y «Madrid a vista de buho» (página 176).

A la vista de dichos textos se ha creído conveniente, en primer lugar, darlos de nuevo a conocer, ya que desde que salieron a la luz en *El Museo Universal* no han vuelto a ser publicados. Según palabras de Montesinos: «Quedan sepultados en el olvido artículos que el autor al cambiar de ideas creyó conveniente tirar al cesto, pero que sería bueno exhumar, por lo que quizá puedan esclarecer la historia de sus obras más logradas —la verdadera historia de sus libros—» (3).

Las ediciones consultadas para comprobar si estos artículos habían vuelto a aparecer han sido:

P. A. DE ALARCÓN: *Cuentos, artículos y novelas de...*, 3.<sup>a</sup> serie. Imprenta de El Atalaya, Avda. de San Bernardo, 73, a cargo de J. Martín Alegría. Madrid, 1859.

— *Cosas que fueron*. Imprenta de La Correspondencia de España, a cargo de Julián González. Madrid, 1871.

— *Novelas cortas*. 2.<sup>a</sup> serie: Historietas Nacionales. Estudio tipográfico de Fortanet. Madrid, 1912.

— *Obras Completas*. Ed. Fax. Madrid, 1943.

— *Historietas Nacionales*. Edición de González Palencia. Ed. Anaya. Madrid, 1965.

— *Obras Completas*. Ed. Fax. Madrid, 1968.

— *Novelas Completas*. Ed. Aguilar. Madrid, 1974.

Una vez realizado este cotejo, se ha podido constatar que son seis los artículos cuyos textos no hemos hallado en las ediciones arriba señaladas.

Por orden cronológico tenemos:

«El Buen Retiro» (1858).

«Madrid a vista de buho» (1859).

«España y los franceses» (1859).

«Muley-Abbas» (1860).

«Exposición de Bellas Artes» (1865), y

«Poesía Mística» (1867).

De estos seis títulos, tres se encuentran ya señalados anteriormente por Montesinos. De los restantes no hace mención.

Por último, sería conveniente aclarar un punto con relación al texto titulado «Exposición de Bellas Artes». En *Obras Completas*, el artículo que

(2) MONTESINOS, JOSÉ F., *Pedro Antonio de Alarcón*. Estudios sobre la novela española del siglo XIX. Ed. Castalia, Madrid, 1977.

(3) MONTESINOS, JOSÉ F., *op. cit.*, pág. 177.

aparece bajo el título de «Bellas Artes» viene a ser como una relación de las opiniones que P. A. de Alarcón tiene sobre pintura, escultura y arquitectura, mientras que el texto que encontramos en *El Museo Universal* con el título ya reseñado de «Exposición de Bellas Artes» es una descripción de los cuadros que componen la Exposición pictórica que se celebró «sobre el solar del antiguo convento de las Vallecas, sito en la calle de Alcalá» (4). Es curioso observar que al final del artículo «Bellas Artes» P. A. de Alarcón dice: «Enumeremos ahora las obras de Exposición...» (5), refiriéndose a los artículos que después no se publicaron.

Seguidamente presentamos los textos con la misma grafía, signos de puntuación..., etc., es decir, tal como los publicó P. A. de Alarcón en *El Museo Universal*.

## EL BUEN RETIRO

(*El Museo Universal*, año 1858, págs. 75, 76 y 77)

Mi querida esposa: consecuente con la promesa de escribirte todos los días, lo hago hoy sin ninguna tuya á que referirme y sin cosa nueva que contarte respecto del estado de mis pretensiones. En cambio seguiré mi relación de todo lo que veo y hago en esta villa y córte, donde el tiempo y el dinero se van como agua y las palabras se deshacen como el viento.

Pues, señor, esta mañana me levanté á las siete y me dirigí á casa de mi primo, decidido á echarle una buena filípica por su morosidad en colocarme, pues dicen que van á cerrar las Cortes y no es cosa de que yo me quede á la luna de Valencia, despues de los gastos y molestias que me ha ocasionado este viaje. Llegué, y como siempre, me recibió un ayuda de cámara muy fino, el cual me dijo que mi pariente acababa de acostarse y que no podia verle; pero que le habia dejado encargado que cuando yo fuera, (porque he de advertirte que estábamos citados para aquella hora), me diese una papeleta de entrada en lo *Reservado del Retiro*, á fin de que aprovechase el madrugon disfrutando un placer tan inocente.

Del mal el menos, me dije y tomé la papeleta, ofreciendo volver á las doce en punto, con lo cual salí á la calle y me dirigí á un señor de bastante edad y equívocamente vestido que tomaba el sol en la puerta de un estanco.

—Dígame V., amigo, le interpelé; ¿por dónde se va al Buen Retiro?

(4) *El Museo Universal*, año 1865, pág. 2.

(5) *Obras Completas*, 1968, pág. 1813.



El hombre me miró, acabó de liar su cigarro, se lo puso en un lado de la boca, y con el otro lado me contestó:

—¿Sabe V. al *Dos de Mayo*?

—No, señor...

—Pues bien, mas allá del *Dos de Mayo* está el *Buen Retiro*.

—¿Cómo? pregunté yo algo amostazado.

—¿Es V. forastero? replicó el abuelo encendiendo un fósforo.

—Ya lo ve V. le respondí, dando un paso para irme.

—Espérese V. hombre, exclamó el viejo acabando de encender el cigarro.

—¡Conque V. quiere ir al Retiro! No tengo inconveniente en acompañarle.

—No se moleste V....

—¡Qué! no... A mí me da lo mismo. Voy todas las mañanas.

—Pero...

—Nada... no me incomodo... Conque V. ha venido a Madrid... ¿á cosas suyas?...

—Sí, señor.

—Ya lo suponía yo... Pues mucho cuidado!... Que aquí...

A todo esto íbamos andando ya codo con codo, como dos compadres.

—Aquí hay mucha picardía, segun me han dicho, añadí yo.

—¡Mucha! Yo estoy cesante hace veinte y cinco años... desde la muerte del rey absoluto...

—¿Cómo se llama esto? le interrumpí yo.

—Este es el *Dos de Mayo* —Pues como decia...

—Aquel será el Retiro... volví yo á interrumpir.

—Si, señor: si quiere V. tomar leche de vacas vista ordeñar, entre V. aquí... á la derecha.

—No, gracias; he tomado chocolate.

—Yo no tomo nada por las mañanas, replicó mi nuevo amigo. Por la noche, antes de acostarme...

—¿Cómo se llama esta plaza? interrumpí yo de nuevo.

El hombre me miró de soslayo, como desconfiando de mis cualidades de oidor.

Esta es la plaza de la Pelota, respondió por último; llamada asi porque en ella se ejercitaba en este juego el rey Felipe IV, fundador del Buen Retiro; pero el verdadero juego de pelota estaba en ese mismo local que hoy es iglesia.

—Si V. con sus relaciones pudiera hacer que me colocaran en...

Yo no pude oír el fin de la frase, sorprendido con la magnífica perspectiva del Paseo de las Estatuas.—Figúrate, esposa mía, una estensa

calle de árboles, adornada de colosales esculturas, encerradas entre un laberinto de bosques y jardines; fresca y perfumada como no hay otra en Madrid... bien que en Madrid ni tan siquiera la hay que esté limpia y sea viable.

—¿Qué representan estas figuras?

—Reyes de España.—¿No lo ve V.?

—En efecto, tienen el nombre en el pedestal; pero yo.

—Mire V.—Este es *don Recaredo*...

—¿Cómo don Recaredo? Yo creía que en ese tiempo todavía no se daba *don* á los reyes.

—Preocupaciones de lugar... y sino, aquí tiene V. á don Suintila.—  
¡Son unas magníficas esculturas!

—Hombre, yo no las hallo tan buenas...

—¡Oh! Es que su mérito consiste en el parecido.

—Eso es otra cosa...

—Si hubiera V. madrugado mas, habría disfrutado de la vista de las muchachas mas hermosas de Madrid, que vienen aquí por este tiempo, al amanecer, á beber agua de la fuente de la Salud. Tras ellas llegan sus novios, y en pos de estos sus rivales, con lo que se arma una de miradas, suspiros, emboscadas, sorpresas y otras cosas que los viejos como yo nos morimos de tristeza.—Mire V., cuando yo estaba empleado, solía venir con mi mujer...

—¡Oh!... magnífico estanque... ¡Caramba! ¡Esto es delicioso! exclamé yo cortando de nuevo la biografía de mi lazarillo.

Arrancábame estas exclamaciones la contemplación de una imponente llanura de agua, tan grande como seis veces la plaza de ese pueblo, rodeada de una verja de hierro y henchida de patos y peces de colores. En torno de él recortan el horizonte gigantescas masas de árboles, sobre los que se destacan las líneas graciosas de un embarcadero y de una hermosa fuente egipcia. Para mí, que no he visto el mar, el estanque grande del Retiro fue un espectáculo embelesador: la vista se esplaya en aquel cielo movible, que reverbera al sol, como un banco de esmeraldas y zafiros; y la armonía del azul brillante de las ondas con el verde oscuro de las arboledas y el turquí purísimo del aire forma un cuadro tan peregrino, que en verdad vale la pena de ser mirado.

—Parece que le gusta á V. el estanque, exclamó mi compañero.

—Ya lo creo... respondí. Estas serán las cuatro capillitas de que habla Alejandro Dumas...

—¿Qué capillas?

—Las que hay en los cuatro ángulos de la verja, para que los paseantes oigan misa los domingos.

—¡Quite V. allá! Si son norias.

—¿Norias?

—Si, señor: solo que por el buen parecer, las han encerrado en esos casones, á fin de que no se vean las mulas que hacen girar á la rueda...

—¡Pues es verdad! ¡Miren el señor Alejandro Dumas y cómo miente á destajo!...

—Por aquí se va á la casa de fieras, que está abierta todos los domingos por la tarde. ¡Oh! es una diversión venir á ver á los forasteros, como V., que se quedan con la boca abierta delante del oso y del avestruz... Oiga V. el rugido del león... Bien que V., con esa papeleta, puede entrar por el otro lado. Sígame V. Esta se llama la fuente de la China... Aquí habia una magnífica fábrica de porcelana que nada tenia que pedir á las del extranjero, pero los ingleses, cuando vinieron á protegernos contra Napoleon, la destruyeron completamente, á fin de que les compráramos á ellos sus jarros y sus soperas.—¿Qué es eso? ¿está V. cansado? ¡Ah! el Retiro es inmenso y tiene mucho que ver. Apenas lleva V. la cuarta parte. Mire V., desde aquí se ve el ferro-carril del Mediterráneo. Ese silbido anuncia que va á partir un tren... ¡Eh! ¡Qué hermoso val!— Yo tengo un hermano en Albacete...

—¿Y aquel castillo que se ve allá?... ¿quiere usted decirme qué es?

—Era una gran torre construida para teléfrago óptico; pero no sirvió de maldita la cosa por estar mal situada, ¡cosas de este país!

Poco tiempo despues llegamos al *Parterre*.

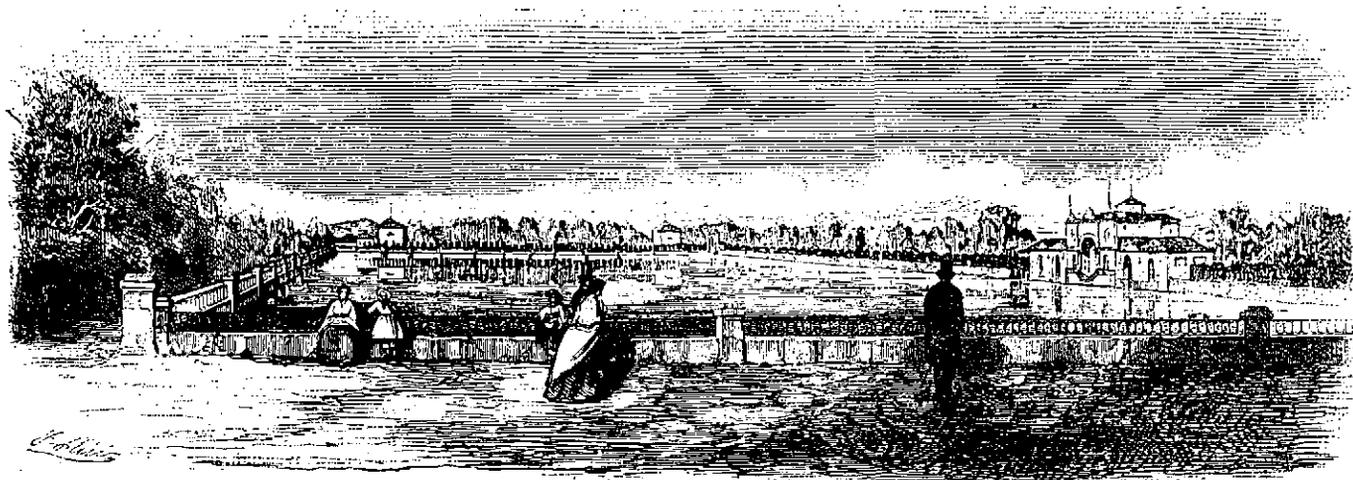
El *Parterre* es un jardín á la moderna, con árboles recortados y adornos de un gusto pésimo, pero que ofrece un conjunto muy agradable, sobre todo desde un mirador que hay sobre él. Descúbrese desde allí una gran parte de la coronada villa y algunos árboles sembrados acá y allá, alguna chimenea, dos cúpulas detestables y perdóneme V. por Dios.— Sin embargo, te repito que es cosa digna de verse.

—Aquí viene á jugar por las tardes mas de mil niños de las familias más acomodadas de Madrid, vestidos con trages de todas las épocas, y arman tal algarabía que le juro á V. que á los viejos se nos cae la baba mirándolos!—Cuando yo estaba empleado, venia aquí con mi Juanito...

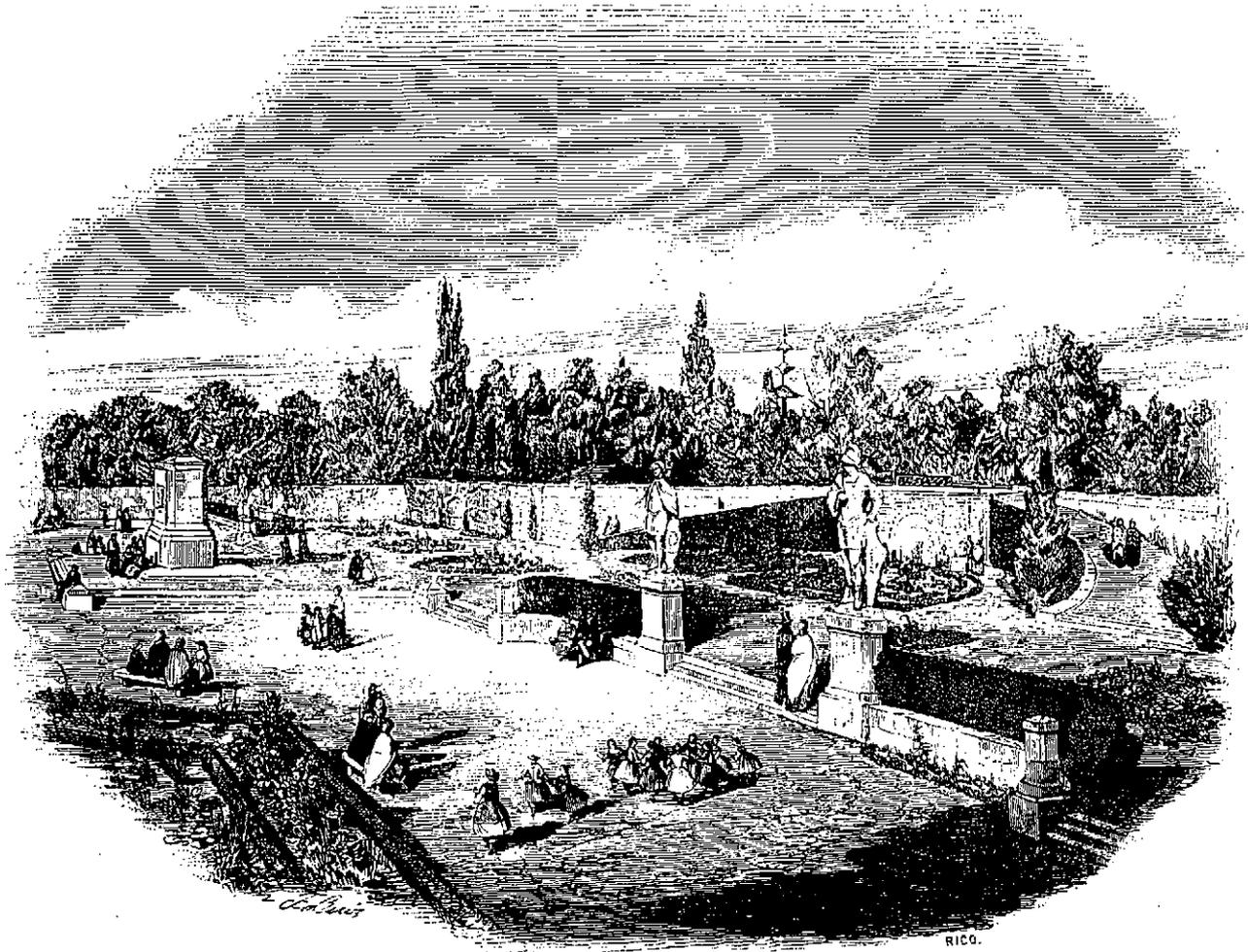
—¡Ah! ¿se llamaba Juanito? exclamé yo. Pues es menester convenir en que el Retiro es una gran cosa, á lo menos comparado con el resto de la gran metrópoli. Aquí se encuentra todo lo que falta en Madrid.— Gracia, fecundidad, agua, flores, perfumes, hasta pájaros!... Era cosa de venirse aquí todas las mañanas, todas las tardes, todas las noches.



DON FRANCISCO DE QUEVEDO.



ESTANQUE GRANDE DEL BUEN RETIRO;



PARTERRE DEL RETIRO.



MONTAÑA RUSA EN EL BUEN RETIRO.

—Cuidado con eso... De noche no se puede entrar.—Me acuerdo que una vez, cuando yo estaba...

—¡Ah! cuando estaba V.... Dígame V., ¿qué es esto?

—Ese es el salon de Próceres... edificio de mucha historia. Pero por andar de prisa, se ha dejado V. atrás el estanque de las campanillas que es muy precioso... ¡todo de estilo chinesco! Tampoco hemos visto el salon de los Reinos, hoy Museo de Artillería, donde antiguamente se reunian las Cortes en casos muy graves. Aquel que ve V. allí es el palacio de San Juan, habitado casi siempre por el infante don Francisco.—Pero volviendo al salon de Próceres, le advertiré á V. que antiguamente era teatro: en él se representaron las mejores obras de Calderon, Lope y Moreto, en vida de estos señores: despues ha sido gabinete topográfico; en seguida estudio de algunos artistas y ahora es guarida de la estatua de Mendizabal.

—¿Cómo? ¿Está ahí?

—Sí, señor. Ahí espera. Pero vamos á otra cosa. Aquí cerca se halla el observatorio astronómico que acaba de construirse, el cual es muy bueno. Hay en él un telescopio que no reconoce hasta hoy ninguno que lo aventaje, si se exceptua uno que poseen los rusos. Este es el único observatorio de Europa desde el cual se ha podido estudiar el último eclipse de sol, anunciado ya por nuestros astrónomos en un folleto, con su demostracion, que admiró mucho á los señores extranjeros; y aun hoy mismo los gabinetes de esas naciones que nos llaman africanos están nombrando sus comisiones para que conferencien sobre el particular con la gente de nuestro observatorio. Como V. ve... *Aliquid chupatur!* Siquiera nos respetan por esta parte.

—Supongo, dije yo, que esos gabinetes no serán ni el gabinete de San James, ni el de las Tullerías...

—No señor, contestó mi acompañante, son sencillamente gabientes astronómicos.

—Muy enterado está V. de ciertas cosas...

—Yo lo creo. Yo fuí empleado en...

—Malo, dije para mis adentros.—Este hombre es intratable.—Vamos á *lo reservado*.—Continué volviéndole la espalda.

—Vamos, pues, replicó mi guia sin darse por ofendido.

Mientras rodeamos para llegar á *lo reservado*, fuí yo pensando en aquel extravagante *cicerone* que me había deparado la casualidad, y no pude darme cuenta exacta de qué clase de pájaro podría ser. No lo extrañes, Mariquita; pero hay en este Madrid seres incomprensibles á quienes no es dado hallar la embocadura, puesto que han hecho diez ó doce vidas distintas. Aquel hombre parecía un erudito fastidiado, un cómico

de reemplazo, un inválido de la milicia, un ladrón, un mendigo... qué se yo! Era una existencia de Madrid y con esto te lo digo todo. Yo le dejaba hablar, que habló mucho, sin oír más que lo que me interesaba. Si pudiera recordar todo lo que dijo, indudablemente resultaría una enmarañada historia compuesta de capas como los ojaldres, pero de capas diversas como los cerros de un terreno de aluvión.

Llegamos á los jardines reservados. Llamóme la atención la *Montaña artificial*, en cuyo centro hay una rotonda y en su cúspide un bonito observatorio. Hállase vestida esta montaña de árboles y flores como aquellas colinas que sustentan la Alhambra por la parte del Darro, y á su pié hay una pequeña ría llena de peces y gansos de riquísimo plumaje. La *Casa rústica* me pareció también muy notable, así como la del *Pobre*, la del *Pescador* y la del *Contrabandista*. Toda esta parte del Retiro recuerda y representa á la imaginación el reinado de Fernando VII, como que este rey fue quien la pobló de tantos caprichosos juguetes y abigarradas invenciones. Mas para nosotros los forasteros, y muy especialmente para las mujeres y los niños del lado acá del Pirineo, aquellos gabinetes persas y chinos, aquellos autómatas que les saludan, aquellos jardines llenos de *lances* y sorpresas, son una cosa inolvidable y maravillosa que se complacen luego en contar en su pueblo á todo vicho viviente, no sin excitar en su espíritu la envidia y la admiración.

Pero con estas y con las otras ya picaba el sol; eran las diez; yo estaba mareado y tenía el chocolate en los talones, como suele decirse. Mi compañero había desesperado de contarme sus aventuras; esto es, de que yo las oyese. Despedime de él en la puerta del Retiro que está cerca de la de Alcalá, y allí fue mi sorpresa.

Aquel sabio, aquel artista, aquel filósofo, aquel crítico, aquel caballero recién afeitado, vestido de limpio y portador de un frac más ó menos católico, me tendió la mano diciendo:

—¡Qué gracias ni qué demontre! Deme usted lo que sea su voluntad.

Es decir que me pedía limosna. Disela sin vacilar, aunque penetrado de asombro, y me alejé del Buen Retiro, pensando en muchas cosas. Recordaba sobre todo aquella frase de Byron, en la *Prometida de Abydos*, cuando elogiando las islas de la Grecia, dice: *Allí donde todo es bello... menos el espíritu del hombre...* «Yo lo repetía de esta otra manera: *Aquí, donde todo es tan mezquino como el espíritu del hombre...*

Adios, Mariquita. Van á dar las doce y me dirijo casa del primo á ver si se ha levantado. Tuyo hasta la muerte.—Juan.

Es copia.  
P. A. DE ALARCON.



## MADRID A VISTA DE BUHO

*(El Museo Universal, año 1859, pág. 2)*

*Jamque quiescebant voces hominum-  
que canumque, Lunaque nocturnos alta  
regebat equos.*

(OVIDIO)

¡Las doce!—¡media noche!—Ha terminado un día y en él un año.—  
Estamos en 1859.

Deja ya ese telescopio, amigo mío; apartemos los ojos de la bóveda  
estrellada y convirtámoslos á la tierra.

Allá arriba; en casi todos esos mundos que hemos estado mirando,  
luce en este momento un esplendoroso día:—Aquí abajo, en nuestro pla-  
neta, reina la mas profunda oscuridad.

Solo la luna trabaja penosamente por esclarecer la tiniebla que nos  
envuelve en fúnebres crespones.

La purísima y helada atmósfera, ostenta un azul deslumbrador, que  
cruzan rápidamente negros y gigantescos nubarrones empujados por el  
viento.

Mira cómo corren, se empujan y se deshacen esas corpulentas nubes...  
No de otro modo pasan las generaciones por la inmensidad del tiempo.

¡Qué lobreguez! ¡Qué silencio! ¡Qué soledad!—El mundo yace en la  
quietud de los cementerios.—Todo duerme, menos la brisa, menos las  
nubes, menos los astros. La vida está en los cielos; la muerte en la tierra.

¡Qué frío!—Detengámonos sobre esta altura; vé allí las hogueras que  
encienden los pastores del Guadarrama; mas acá los bosques; luego el  
rio, y á este otro lado, Madrid, negro y silencioso como un féretro in-  
menso; Madrid, destacando sobre el cielo la lúgubre silueta de sus alcá-  
zares de azabache; Madrid, salpicado de agonizantes luces que marcan  
la dirección de algunas de sus calles, lo que le hace aparecer como un ca-  
tafalco rodeado cien veces de amarillentos blandones; Madrid, que calla,  
que reposa, que duerme, que no existe... Madrid, sobre quien pasan las  
horas precipitadamente, llevándose hácia la eternidad, á donde caminan,  
girones de la vida de todos, las esperanzas de uno, las dichas de otro,  
de la vida de este, las ilusiones de aquel; Madrid, en fin, que ahora mis-  
mo no se diferencia en nada de esos otros pueblos que le rodean, de sus  
fúnebres colonias; quiero decir, de los mudos y sosegados cementerios  
del Sur y del Septentrion.

¡Ah, sí, el mismo silencio, la misma soledad, el mismo misterio!—Todos esos miles de séres que encierra la gran colmena coronada, caminan en este instante por mares desconocidos, como pasajeros de un inmenso buque, uniformemente, cerrados los ojos aletargados por el sueño, sin saber siquiera que andan...

Y andan, y van á la muerte...

Atroz somnambulismo! ¡Morir durmiendo! El septuagenario que baja al sepulcro, ha dormido treinta años. ¡Y estos treinta años también se llaman *vida*! ¡Ah! ¿Quién sabe si los otros cuarenta de vigilia no son otro sueño? ¿No nos lo ha dicho Calderón? Y, sin embargo, no todos dormirán en ese hormiguero; medita amigo mío, en las mil escenas que cobijarán esos techos.

Sigue, guiado por el moribundo resplandor de los faroles que aun alumbran á ese féretro espantoso; sigue con la vista el enredo de ese laberinto de calles, de plazas, de paseos, de templos, de palacios, de arrabales asquerosos, y pídele á las sombras sus misterios, á la noche sus arcanos.

En este momento ¡cuántos se hallarán en la agonía! ¡cuántos lanzarán el primer suspiro! Quién sabe si las almas que ya huyen de este mundo, tropezarán bajo esas nubes con las almas nuevas que bajan, á él.

¡Mortales, sed bien venidos á esta vida!

¡Vivientes, buen viaje para la otra!

¡Ah! ¿no te parece que esos tejados se ajitan, como en el *Diablo cojuelo*, y se levantan, y nos dejan ver cien cuadros diferentes?

Mira... mira allí aquel sabio inclinado sobre un libro, rodeado de otros cincuenta, sepultado entre otros mil... ¿Qué busca? La ciencia: ¡una conjetura!

¿Por qué se agita aquel otro hombre en su lecho? ¿por qué el insomnio le ha cojido de los cabellos y le da tan violentas sacudidas que no le deja dormir? Aquel hombre medita un crimen... ¡Oh! la vista de mi alma quisiera pasar sobre su corazón... ¡Dios mío! tu mirada escudriñadora no le pierde de vista... ¡criminal no está solo! Le rodeamos tú, yo y su conciencia. Tú que le juzgaras, yo que le maldigo, donde quiera que esté, sea quien fuere, y su conciencia, con la cual lucha á brazo partido.

¿A dónde va aquella hermosa mujer, que abandona su lecho y se desliza como una sombra, tocando las paredes de una escalera?... ¡Una cita de amores!... Vedlos ya: la juventud tiende á sus piés una primavera alfombra... ¡Es un sueño! Creen cuanto dicen: cuentan con su corazón... Mañana vendrá el olvido, vendrán los celos ó el odio tras el hastío! ¡ó los años, las realidades y el dinero, esas capas de hielo que petri-

ficar tantas ilusiones! ¡Y luego la vejez... y luego la muerte!... ¡Soñad! ¡soñemos! ¡Ay! esos instantes en que una mano tiembla en otra mano, y unos ojos abrasan á otros ojos, y unos labios tartamudean besos y juramentos sobre otros labios sedientos de amor, comprenden una química eternidad. ¡Gocemos!

Y si no, repara en aquel avaro que cuenta y limpia su oro en aquel zaquizamí... ¿No ves á la muerte asomada por cima de su hombro, haciendo una mueca horrible y contando las horas que aun tiene que esperar? ¡Atesora, viejo, esos pedazos de metal, y prodigas tus horas de privaciones... ¡Bien aventurados tus nietos!

¿Por qué se sonrie aquella mujer debajo de las sábanas que la encubren? ¡Ah! Ya la conozco, es una cantatriz: esta noche ha sido aplaudida... Espronceda no describió la gloria *coetánea* en el *Diablo-mundo*. ¿Será otra vanidad como la gloria póstuma?

Allí hay un jóven que escribe... Está haciendo versos... ¡maldición! ¡El desgraciado cuenta las sílabas con los dedos!

Negra y gigante veo la cúpula de un templo. Por sus altas vidrieras se escapa un moribundo rayo de luz: es la lámpara que arde en el santuario. Esa luz no morirá nunca; porque el género humano necesita una esperanza.

Allí otra mole colossal... Es un teatro.

La noche avanza.—Ya duermen todos los que velaban hace poco. ¿No te parece ver sobre esas setenta mil imaginaciones de odas que trabajan en las tinieblas, una cohorte de sueños desprendidos de las nubes, y que batan sus grandes alas negras sobre la capital aletargada?

¡Cuánto mónstruo de oscuro plumaje! ¡Cuánta sangrienta pesadilla! ¡Cuánta nacarada ilusion! ¡Cuánto dulce genio coronado de adormidera! ¡Cuánta vision de deleite! ¡Cuánta sombra de ambición! ¡Cuántos ángeles y cuántos demonios acurrucados sobre las almohadas de los que reposan!

¡Las dos!

¡Las dos en Madrid! Ahora está amaneciendo en Constantinopla: ahora anochece en medio del Océano: ahora se pone el sol en América: mientras hemos estado hablando, el sol ha pasado por debajo de nosotros: ahora no hay sol en el Norte: ahora no hay luna en el Mediodía?

Y si de esta inmensidad del espacio te trasladas á la del tiempo, piensa también que ese mismo sol que esperamos, fue el que alumbró los bellos dias de Grecia, los fabulosos de la India primitiva, los ignorados del Génesis de América! César y Napoleon, Annibal y Gengiskan, Confucio y Manco Capace, Atila y Mahoma, han esperado tambien la salida de ese sol que brillará mañana sobre millones de frentes que aun no han salido del caos.

Las dos en Madrid.—De hoy en un día, de hoy en un año, de hoy en un siglo, darán también las dos... ¿Dónde estarán todos los seres que conocemos y amamos? ¿Dónde sábios y mendigos, reyes y conquistadores, mujeres hermosas y galanes enamorados? ¿Dónde tú y yo?

Perseguimos la dicha, y la dicha es la muerte vestida de máscara: la muerte que se ciñe la clámide verde de la esperanza. Corremos tras ella; porque va cubierta con el antifaz de las ilusiones. Un día se deja coger, se quita la careta, y nos enseña una calavera de polvo!

¡Duerme Madrid! La noche es el entreacto de la comedia de la vida. Cada sol descorre un telon nuevo: llega la escena final; la muerte termina la funcion, y los cómicos se quitan los oropeles.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

## ESPAÑA Y LOS FRANCESES

(*El Museo Universal*, año 1859, págs. 82-83 y 84)

### I

En la historia de España, tan calamitosa de tres siglos á esta parte, no ha lucido un día mas aciago para nuestra dicha y nuestra dignidad, que aquel en que Luis XIV, disfrazando los cálculos de su codicia con cierta máscara paternal, dijo a su nieto el duque de Anjou, que ya se llamaba Felipe V: «*Debeis ser de aquí en adelante buen español; pero sin olvidar que nacisteis francés: ¡YA NO HAY PIRINEO!*».

Pensamos esplicar los fundamentos de esta opinión nuestra; pero antes creemos oportuno observar que también han sido franceses los que, al cabo de siglo y medio de dominar en España la familia y la política de Luis XIV, han pronunciado esta otra frase, eco y derivación de la ya citada: «*El Africa principia en los Pirineos*».

Proponémosnos asimismo examinar los fundamentos de esta opinion de nuestros vecinos; pero no sin anticipar las siguientes reflexiones.

Supongamos momentáneamente, —solo momentáneamente,— que los franceses tengan razon al juzgarnos de esta manera...—¿De quién seria la culpa?—Si ellos llamaron *Francia* á la parte de Europa que se estiende del lado acá del Pirineo, y como a tal la trataron y rigieron durante ciento cincuenta años, dicho se está que ellos la han convertido en *Africa*; que ellos, *por confesion propia*, nos han anulado como nación civilizada; que su literatura, que su política, que su filosofía, que sus reyes y sus diplomáticos han sido una calamidad en nuestro territorio, desde que lo invadieron *paternalmente*. Repetimos que esto lo dicen ellos.

Porque, téngase en cuenta uno cosa, —que es por otra parte el cimiento de toda nuestra argumentación: —Téngase presente, que cuando la nacion española pasó á ser francesa, *quando dejó de haber Pirineos*, nuestros detractores de hoy no nos tenían por africanos, sino que nos respetaban muy mucho y nos temían y consideraban o poco. Acordábanse quizás, mas que ahora, de que los españoles los habian vencido en todos tiempos, desde Roncesvalles hasta San Quintin; de que les habíamos dado leyes, artes y literatura; de que el Gran Capitan, Cárlos V y Felipe II los habian atado al carro de sus victorias; de que su rey mas valiente fue nuestro prisionero en Pavía; de que antes les habíamos espulsado de la baja Italia y de que despues los derrotamos en Flandes, en las Islas Terceras, en su propio territorio, donde quiera que con ellos nos las hubimos; en tantos encuentros, sitios y batallas, que la memoria no basta á retenerlos!... ¡Quizás se acordarian de todo esto cuanto nos llamaron sus amigos, sus aliados, sus hermanos, dando por no existente el Pirineo!

Y eso que, en aquella sazon, España acababa de pasar por el reinado de Cárlos II; eso que en aquel entonces cumplíamos la penitencia de haber pertenecido á otra familia extranjera, que si se inauguró gloriosamente en Cárlos V, descuidó siempre nuestro suelo por obedecer á su espíritu de conquista ó por mirar á su tierra originaria; eso que habíamos caido en un misticismo imbécil desde que Felipe II declaró en España el terrorismo cristiano, al grito de «la Religion está en peligro»; eso, en fin, que en 1700 no éramos ya sino la sombra de lo que habíamos llegado á ser algún día!

Pero esta sombra —volvemos á decirlo—, inspirábales aun respeto y miedo. No; no éramos todavía *El Africa* para los franceses. Eramos aun los que habian hecho volver á sus arenas á los verdaderos africanos, que en numerosas legiones invadieran la Europa en el siglo VIII; éramos los que habian salvado el cristianismo en una lid de siete centurias; ¡los que al espulsar de Europa al ultimo infiel, enviaron á América al primer cristiano! los que habian descubierto el camino de las Indias Orientales (pues hablamos tambien por cuenta de nuestros hermanos los portugueses, que al fin moran del lado acá del Pirineo), y conquistado al Occidente un mundo mas grande que el hasta entonces conocido; éramos, en fin, —y esto se hallaba muy reciente,—la nacion de Felipe IV,—si no tan próspera en bienes materiales como la de Luis XIV, muy mas ilustrada y civilizada, que diríamos ahora;—como que en ella brillaron, y de ella remedaron los franceses, joyas inestimables de literatura, verdaderas maravillas de arte; todas aquellas obras que salieron de las manos de Cervantes, de Calderon, de Rivera, de Velazquez, de Lope de Vega, de Muri-

llo, de Quevedo, de Alarcon, del padre Tellez, y de tantos y tantos como hoy decoran las bibliotecas y museos de todo el mundo...—¡Eramos España, para decirlo de una vez!

Pero desaparecieron los Pirineos: la política francesa, mas perniciosa aun para nosotros que la austriaca, pues siquiera esta tenia su centro en nuestra nacion, sustituyó á la política española. Fuimos diplomáticos; figuramos en pactos de familia; se nos impusieron leyes, trajes y costumbres que disonaban con nuestro carácter; se nos arrancaron las uñas; se nos afeminó: con pretexto de ilustrarnos, se nos privó de toda iniciativa, de toda fuerza, de toda autoridad: perdimos la autenticidad histórica, por no decir la autonomía nacional: arrebatáronnos la espada de Toledo y nos dieron el estoque de Versalles: nos aficionaron al lujo y á la danza; corrompieron nuestra lengua, nuestros hábitos, nuestros fueros, nuestra legislación; nos regalaron, sí, puentes y caminos, academias y museos; pero nuestras artes, nuestras letras, nuestra particular filosofía desaparecieron para siempre; y la intriga sustituyó á la fuerza, y la comodidad material al ideal inefable, y la ciencia á la inspiracion, y el interés á la poesía, y la utilidad al honor, y lo temporal á lo eterno. Alégrese los políticos (como políticos, nos alegramos nosotros tambien) de que la luz de la Enciclopedia alcanzase á España; pero ¡ay! ¡que desde entoncés el mundo moral fue todo ruinas!—La revolucion francesa acabó de desnaturalizarnos: no la habiamos hecho nosotros: no estaba aun en nuestro corazon: no respondia á nuestras necesidades: no interpretaba nuestro modo de ser y de sentir, y fue para los españoles lo que un verano precoz para los campos: granaron las siembras de riego, y las de secano dejaron de crecer: nuestro pueblo era niño todavía... (dichosamente la obra española de Luis XIV no estaba aun terminada), y recibió demasiado pronto el fardo de sus derechos: quitósele la fe para darle el pensamiento; pero no estaba aun en estado de pensar, y se quedó sin lo uno y sin lo otro; ¡sin filosofía ni creencia!...¡Tal estábamos los favorecidos del gran rey, en tiempos del pseudo-rey Carlos IV!—La *Guerra de la Independencia* nos salvó milagrosamente.

Hay en la guerra de la independencia ciertos fenómenos que hacen mucho á la cuestion que hemos planteado. Empezó aquella lucha por una abdicación de nuestros gobernantes en favor de Napoleon I: pero abdicacion que pudiera llamarse de otra manera, puesto que se inició el dia en que Carlos y Fernando comprometieron en manos del emperador francés sus disensiones de familia. Estalló al cabo la guerra, y aun vióse á mucha parte de la nacion (especialmente á los cortesanos y magnates), declararse *afrancesados* y opinar por que la Francia debía absorbernos. Pero el pueblo tiene un maravilloso instinto: en el fondo de su

conciencia dormía la convicción de que la influencia francesa estaba siendo de muy antiguo una calamidad para España: despertaron, pues, los recuerdos de antiquísimos odios, de seculares antipatías, y el pueblo rechazó á los franceses, los derrotó y recobró su independencia. Con ella, sea dicho de paso, recobró la vida y la libertad. Tentativas hizo la familia de Luis XIV por restablecerse en el trono de Francia, y las mismas tentativas se vieron en el gobierno de España por volvernos á la dependencia en que por tanto tiempo habíamos vivido, pero desaparecieron al fin Carlos X y Fernando VII; una revolución puramente española abrió nuevos horizontes á nuestra patria, y desde entonces, solo desde entonces, los franceses dieron en decir que el *Africa principia en los Pirineos*.

Pero hemos llegado á los tiempos presentes. Seguir hablando de historia equivaldría á hablar de *política*, y nosotros escribimos en un periódico literario: veamos, pues, de encaminar nuestra cuestión al terreno de las costumbres, abandonando la esfera de los gobiernos.

## II

Admírense nuestros lectores: al llegar á este punto, nos ponemos aparentemente en contradicción con nuestros anteriores asertos, y damos completamente la razón á nuestros vecinos. Nosotros creemos también que el *Africa principia en los Pirineos*.

Pero no lo creemos, dando á esta frase el tono depresivo con que ellos la pronuncian, sino queriendo significar otra cosa muy diferente.—Nos explicaremos.

Locura fuera hacernos ilusiones: los franceses nos desprecian verdaderamente, y al deprimirnos, lo hacen de buena fe.—Sabemos que hay excepciones: las conocemos, nos honramos con la amistad de muchos transpirináticos que, ó por ser mas leales ó por haberlo meditado mas profundamente, tienen de nosotros una opinion menos desventajosa. Pero la generalidad, el sentimiento colectivo, la conciencia vulgar, el juicio dominante en libros y periódicos franceses, es el que acabamos de consignar: un desprecio que raya en compasión: no el odio de otros tiempos; no la emulación del siglo XVI; no los zelos del silo XV... sino el desden mas soberano!

Pues ¡admírense nuestros lectores otra vez!—Le peor de todo, al menos en nuestro concepto, es que tienen muchísima razón.—Aquí reclamamos de nuestros paisanos un poco de paciencia.

Despréciannos los franceses, porque de algun tiempo á esta parte tenemos á orgullo el imitarlos en todo; porque pretendemos parecerles; porque hemos abdicado (intencionalmente tan sólo) nuestro españolismo

tradicional en aras de un continuo y lamentable galicismo; porque deseamos confundirnos con ellos, pasar por tales; merecerles carta de ciudadanía... ¡Porque *hemos renegado*, para decirlo de una vez!—Porque ahora, en fin, somos nosotros los que decimos á cada instante la aborrecida frase de Luis XIV: *¡Ya no hay Pirineos!*

Esto solo bastaria para que nos menospreciase aquel pueblo presuntuoso, que se cree curador, si no tutor, de todo el que no nacido entre el Rhin y el Vidasoa: pues añadid ahora otro dato horrible, y es que nosotros (gracias por ello rindamos al Altísimo) hacemos detestablemente el papel de franceses; añadir la torpeza del actor á lo malo de la comedia que queremos representar; vednos convertidos en 16.000,000 de don Frutos de Calamocha; medidad en la ridícula posición de los graves españoles queriendo pasar por superficiales; imaginadnos *atados* y *cor-tados* á cada momento, como todo el que lleva un traje que no es suyo, como un honrado militar metido á diplomático, como un labriego con guantes y trabillas, como cierto hombre de bien cuando tenia que pasar por hombre de Estado, como Aquiles vestido de mujer, y decidnos si no hay razón para que se rian de nosotros los que nos ven esforzarnos por parecer lo que Dios no quiso que fuéramos, lo que no somos, lo que no debemos ser nunca; decidnos si no hay motivo para que nos llamen africanos en castigo de no querer ser españoles y de no acertar á dejar de serlo!

¡Ah! sí: FRANCIA TERMINA EN LOS PIRINEOS.—Nosotros no servimos para franceses: se nos conoce la *contresaction!*—Si es esto lo que quieren significar al relegarnos al *Africa*, ¡sea mil veces enhorabuena! ¡Alegrémonos, queridos compatriotas! ¡Regocijaos, africanos!

Pero conformémonos todos con nuestro africanismo: renunciemos á pasar por otra cosa, tengamos el orgullo y la conciencia de nuestra entidad genuina; vivamos á nuestro modo; *¡haya Pirineos!*... y todo el mundo nos respetará, porque á lo menos no estaremos en ridículo.

Seamos españoles: fundemos nuestra vanidad en serlo.—Vereis cómo entonces desechamos esta timidez que embaraza nuestros movimientos; vereis cómo recobramos la iniciativa que nos distinguió en otras épocas; cómo prevalecen nuestras modas; cómo renace nuestra literatura; cómo florecen nuestras industrias y nuestro comercio; cómo existimos; cómo pensamos; cómo se nos tiene en cuenta; cómo se declara en Europa nuestra mayor edad!

Todo esto es muy fácil: aun es tiempo: no nos engañan las apariencias!—Los franceses, en siglo y medio de influencia directa sobre nuestro país, solo han conseguido modificar la superficie de nuestras costumbres, y eso en determinadas clases. Tenemos sus modas, algo de su lite-

ratura... (hoy menos que hace algunos años) un poco de su cocina y de su etiqueta; bastante de su administracion, mucho de sus innegables progresos industriales y comerciales; pero nuestro carácter, nuestra idiosincrasia (digámoslo así), nuestra índole, nuestras costumbres fundamentales, nuestros afectos, nuestras pasiones, nuestros instintos, todo eso vive y palpita en las entrañas del pueblo español, fijo, inmutable, indestructible, como el oro en inaccesibles montañas, como nuestras montañas, inmóviles en sus pedestales.

Si esto es pertenecer al Africa, al Africa pertenecemos. Quizás lo habíamos sospechado antes de que nos diérais la noticia. Quizás nos creemos mas parientes de Sem que de Jafet. Quizás lo tenemos á orgullo.—De cualquier modo, ¡algo hemos de ser!—No somos esclavos; no somos anglo-sajones, y á los franceses, que son el riñón de la raza latina, no nos parecemos en nada... ¡quién sabe si seremos semíticos desde que atracó en la Armenia el arca de Noé!

Por nuestra parte, entre ser un remedo de los franceses, ó unos moros como Dios nos haya criado, preferimos esto último.

Sean remedo de los franceses los que lo crean una gloria: nuestro pueblo, la nación, España, no podrá serlo nunca.—Ni se ha afrancesado, ni llegará á afrancesarse.—«Tanto peor para vosotros,» exclamarán los que se llaman y son efectivamente la cabeza de Europa.—Pues bien; sí; replicamos nosotros: seremos lo peor con tal de ser la verdad.

¡Verdad somos! Éste es nuestro primer timbre. Carecemos de vuestro carácter flexible, cómico, burlon, acomodaticio.—No sabemos hacer tantos papeles en un día; ni tener tantas clases de gobiernos en un año. Carecemos de vuestra maestría para dominar la pasión, y modificar el temperamento. Admiramos vuestra locuacidad al alcance de todos, vuestra cortesía inalterable, vuestra movilidad asombrosa, vuestro entusiasmo-proteo, vuestra habilidad para imitar las flores con trapo, el oro con doublé, las perlas con cristal, las piedras con cartón, la música con ruido, el sentimiento con palabras, la fe con prosa, la seriedad con actitudes, y las lágrimas con coronas fúnebres puestas á la venta en las avenidas del Padre Lachaise.

Nosotros somos mas torpes, mas serios, mas graves, mas rígidos, mas *gauches*, mas sinceros ó mas cándidos (*à votre plaisir*), mas apasionados, mas vehementes, mas pobres hombres!

Nosotros solemos amar hasta el crimen ó la locura, creer en Dios hasta el fanatismo, llevar palos por la virtud como *don Quijote*... Nosotros desconocemos vuestra galantería oficial, casuística, reglamentada; y la suplimos con otra, que es peculiar nuestra, sencilla, natural, espontánea, que brota del corazón como las flores del campo. Cuando imita-

mos vuestras *soirées*, acontece que vuestra etiqueta le viene estrecha á nuestra cordialidad, á nuestra llaneza, á nuestro salvajismo, y faltamos á *toutes les convenances*, y nos olvidamos del papel que estamos haciendo, y damos asunto á vuestra crítica, si por acaso os hallais en nuestros salones.—Porque tambien somos salvajes en esto: brindamos hospitalidad, como los árabes, al primer recién-llegado, y partimos con él la mesa y el hogar, el corazon y el bolsillo.—¡Compadecednos, señores... pero no podemos remediarlo!

Vosotros sabeis refinar mas vuestros goces: comeis mas; bailais mejor... en la cuerda tirante y en la cuerda floja; sois mas elásticos, mas serviciales, mas utilitarios, mas amantes de la forma...—¡el fondo que se lo lleve el diablo!—¡Ah! sí: vosotros lo pasais mejor en esta vida, teneis mas dinero, podeis hablar de mas cosas, aun sin conocerlas, divertis mas á la Europa, teneis criados modelos, encontrais hombres y mujeres para todo, dais un culto mas ardiente al Dios *franc* y á su profeta el *sous*, haceis todo género de travesuras por adquirirlos; os convertís de humanitarios en guerreros, de autónomos en imperialistas, de tiranos de Italia en sus libertadores; colocais á la *diosa Razon* en el altar de MARÍA, y mañana á Santa Genoveva en el ara de la diosa Razon: nuestro frac, nuestro paraguas, nuestro cosmético, nuestro perfume, nuestro baston, nuestro papel, nuestro tintero, la pluma con que escribimos estas líneas, nada nos pertenece, todo es vuestro... ¡Ya veis que os hacemos justicia! Y no es esto todo: como nacion, sois muy grandes: teneis el entusiasmo patrio de los antiguos helenos ó de la república de Roma: abundais en valor cívico, en dignidad colectiva, en nobles virtudes públicas... pero, hombre á hombre, como individuos, como miembros de una familia, como amantes, como amigos, como cristianos, como hijos, como padres, teneis mucho que envidiar á los pobres indígenas del Africa!

Cuáles timbres sean mayores, si los del hombre privado ó los del hombre público, cuestión es que dejamos á vuestro sano criterio.

Por lo demás, y para concluir, os diremos que los ingleses y los alemanes no nos creen tan africanos como vosotros. Esto no significa nada, pues que vosotros os burlais también de los alemanes y de los ingleses; de estos porque tienen las piernas largas, y de aquellos porque tienen el cuello corto.—Dentro de veinte años hablaremos.

P. A. DE ALARCON



## MULEY-ABBAS

(*El Museo Universal*, año 1860, págs. 85 y 86) (6)

Nuestro amigo el señor Alarcón, bien conocido de los lectores del MUSEO UNIVERSAL, nos ha remitido la siguiente carta y el anterior retrato, que le agradecemos cordialmente.

Sr. director del MUSEO UNIVERSAL

Mi muy querido amigo: acabo de pasar media hora contemplando á mi sabor á Muley-Abbas, mientras que mi amigo, el célebre dibujante francés Mr. Iriarte, copiaba la magnífica figura del vencido príncipe. Como una prueba de cariño á mis antiguos lectores, los suscritores del MUSEO, les mando esa curiosa imágen, la mas fiel y verdadera de cuantas se le inventen al desgraciado Emir. Ahora, por si la pluma puede añadir algun colorido á la obra del lápiz, hé aquí la impresion que me ha causado Muley-Abbas.

Figuráos un hombre alto, fuerte y recio, pero no grueso; de noble apostura, de distinguido porte y de graciosos modales. Viste el traje talar de su país: un ropaje amarillo debajo de todo; luego, una especie de túnica azul, pero de ese azul muy claro que llaman los franceses *azul de agua*: despues le cubre de piés a cabeza, un ondulante y magnífico jaique blanco de delicado merino, cuyos dóciles pliegues delinean la forma del turbante, rodean su cabeza y su cuello completamente, marcan las principales líneas de su cuerpo y flotan al fin casi rozando con la tierra, pero dejando ver unas botas de rico tafilete amarillo, bordadas de seda, sin suela ni tacon, muy arrugadas ó rizadas, y reducidas á la forma de la pierna. Un ancho feston de seda azul sujeta la capucha del jaique sobre su cabeza, pasando una línea que á lo lejos parece: una corona triunfal ó sagrada, como las que usaban los druidas. Todo este traje luce por su riqueza y por su sencillez; ni un bordado, ni un adorno, ni un hilo de oro, nada interrumpe la severidad de aquella elegante y artística figura que parece tallado en mármol griego. Solo lleva, como recuerdo, distintivo de raza ó signo de autoridad, un rosario de ámbar negro liado á la muñeca derecha, un diminuto arete de oro en una oreja y un anillo

(6) Con relación a este texto, hay que hacer notar que incluido en la narración «Diario de un testigo de la guerra de Africa», de sus *Obras Completas* (página 1054) realiza una breve descripción del príncipe árabe Muley-el-Abbas, protagonista de la carta que aquí presentamos.

No se puede afirmar que los dos textos sean el mismo, ya que P. A. de Alarcón escribió esta carta, según él dice, como una prueba de cariño a los suscritores del Museo Universal. En ella se esfuerza en mostrar al personaje con una gran minuciosidad y belleza descriptiva. Por el contrario, la presencia de este príncipe en *Obras Completas* no es más que un pequeño apunte dentro de un contexto mucho más amplio, quedando así desdibujada y recortada su figura.



blanco egipcio en el dedo meñique de la mano izquierda. El rosario se lo saca frecuentemente del brazo, como una dama se quita una pulsera, y aspira con placer el aroma que despidе.

Vamos ahora á su cabeza.

El rostro del Emir tiene todos los caracteres de la verdadera belleza meridional: recuerda al *Eliezer* de nuestros pintores valencianos. Es muy moreno, y lo parece mas por estar su semblante rodeado, como el de las monjas, por una toca de deslumbradora blancura. Su barba negra, larga y sedosa, ondula á merced del aire, y en ella blanquea alguna que otra cana. Sin embargo, el príncipe no pasará de los treinta y cinco años. Su perfil llama la atención por la limpieza y magestad de la línea: la nariz es bien proporcionada; la frente noble; la boca un tanto africana; pero rasgada con energía y dejando ver una dentadura tan blanca y tan brillante que parece de transparente nácar. Sus ojos, negros y tristes, miran con calma y lentitud. Adivinase todo el fuego que puede llegar á animarlos, al ver la rigidez que los mantiene abiertos ó la pesantez con que se cierran; pero mientras yo lo estuve mirando, aquellos ojos parecían apagados, como si todo el calor y la vida del Emir hubiesen refluído á su corazón.

Finalmente, Muley Abbas estaba abatido, pero circunspecto: triste, pero digno y respetable: vencido, pero no domados; humillado, pero sin haber perdido el aprecio de sí propio. Conociase que se hallaba satisfecho de su conducta, si bien disgustado de la de los demás y sobre todo de su suerte. Su humildad era resignación: su mansedumbre, patriotismo. El vencido general inspiraba, pues, una compasion y un respeto que no deben confundirse con la piedad ni con la lástima: yo, á lo menos, al verle acariciarse la barba con aquella mano desnuda, fina y correctamente delineada; al ver sus ojos parados y como fijos en remotos horizontes; al oír su palabra viva, ligera, breve, sonora, como un eco metálico; al contemplar en fin, su grandiosa figura, tan llena de majestad y de pesadumbre, espermenté una viva simpatía hácia aquel enemigo de mi Dios y de mi patria... Y fue acaso que lo ví con ojos de artista, y que personifiquen en él al desgraciado y valeroso Muza, á quien aman todavía en Granada los vigésimos nietos de los conquistadores de la Alhambra.

P. A. ALARCON

## EXPOSICION DE BELLAS ARTES

(*El Museo Universal*, año 1865, págs. 2 y 3)

### I

Los pueblos, como los individuos, nacen con un carácter particular y una fisonomía determinada, que no los abandonan hasta su muerte.

Nuestra España, por ejemplo, en lo que toca al mundo de la belleza, ó sea á la manifestacion artística de los afectos, se ha distinguido constantemente, desde que entró en vías de civilizacion, por su aficion decidida al romance y á la pintura, expresiones genuinas y espontáneas de su inspiracion, en las cuales ha rayado siempre á una altura inmensa.

Para cada estatua, para cada templo, para cada tragedia que figura en nuestro panteon artístico y literario, encontrareis en él mil cuadros y mil romances (entendiendo también por romance, como es justo, el drama puramente español); romances y cuadros que representan con su franqueza y libertad de accion nuestro genio nacional, y nos han valido la reputacion de pueblo esencialmente *romántico*, legendario por excelencia.

Y asi debia ser. Los Españoles, dotados de mas energía individual que espíritu colectivo, tenían que preferir y prefirieron siempre la expresión natural, propia, *sujetiva* de sus pasiones y de sus creencias, á aquellas ficciones sublimes, abstractas, meramente ideales, con que otros pueblos representan la inspiracion comun, el público entusiasmo, por medio de una forma convencional, que á la postre llega á considerarse *clásica*.—El romance y la pintura son, pues, el idioma nativo de los ingenios españoles.

## II

Consecuencia de lo que dejamos apuntado es la popularidad que alcanzó y alcanzó en todo tiempo la pintura en nuestra patria, y la entusiasta acogida que merecen ahora al público madrileño las exposiciones de bellas artes que se verifican cada dos años; y de aquí es que á contemplar estas esposiciones, que podremos llamar de *pinturas* (pues las demas artes apenas tienen en ellas unas escasa, laboriosa y mediana representacion), acuden todas las clases de nuestra sociedad, distinguiéndose siempre, por el interés con que mira las obras y por el acertado instinto de su groesar crítica, el *pueblo* por antonomasia, la plebe de la villa, la gente que habla á voces en calles y plazas y constituye, por decirlo así, la vanguardia de la opinion pública.

Atendidos estos hechos, calcúlese la importancia que tendrá á nuestros ojos la solemnidad nacional de cada nueva exposicion, dedicado como está EL MUSEO, muy especialmente, al estudio y al cuidado de las artes.

Nosotros hemos seguido con ansia la construccion del edificio provisional de madera y lienzo en que debia verificarse la exposicion de este año, sobre el solar del antigua convento de las Vallecas, sito en la calle

de Alcalá. Nosotros hemos lamentado y continuamos lamentando que los grandes gastos hechos en aquel lugar y los que se hicieron en otros sitios para exposiciones anteriores, sean como sal que se arroja al agua, y que se queden siempre en la calle, y sin hogar á que acogerse el año venidero, las florecientes artes españolas. Nosotros, á pesar de cuanto se ha dicho contra el mencionado edificio provisional, y de lo que nos lastima el que no sea permanente, hémosle encontrado el mas á propósito dispuesto hasta ahora para la exhibicion de la bienal cosecha artística, por ofrecer la esencialísima ventaja de una buena distribucion de inmejorables luces. Nosotros, en fin, saludamos con ardiente júbilo, el día 2 del pasado mes, la apertura de aquel improvisado templo de Apeles, alzado como una tienda en el desierto para dar hospitalidad á las artes peregrinas, y vamos ahora á pentrar en él, acompañados de nuestros lectores, resueltos á decirles en pocas palabras nuestra opinion y la del público acerca de las principales obras que allí se admiran, ya que sea imposible (y ocasionado además á una crueldad que nos repugna) fijar la atención en tanta y tanta flaquez artística como ha acumulado en aquellos salones la escesiva tolerancia del Jurado.

### III

Al recorrer por vez primera, ligeramente y de paso, la nueva exposicion, cuantas personas visitaron la de 1862, verificada en la casa de la Moneda de esta córte, experimentan y no ocultan una sensación desagradable. Asi nos ha sucedido á nosotros.

La exposicion actual es indudablemente inferior á la de hace dos años, como aquella fue muy superior á la que lá precediera. En la que hoy nos ocupa hay algunas buenas obras, y una notabilísima, pero no aquella igualdad, no aquel progreso uniforma que en los distintos géneros de la pintura se observó en 1862 y que tan lisongeras esperanzas hicieron concebir á todo el mundo. Desde entonces hasta hoy, pocos pintores han ganado terreno; algunos se sostienen, cuando mas, en la misma línea; otros y no pocos, han retrocedido lamentablemente.

Sin embargo, y prescindiendo de comparaciones, si la presente exposicion se descartara de dos terceras partes de los cuadros que en ella figuran, reduciéndose á la ostentacion de los buenos y de los menos malos, seria todavia un alarde digno de una nacion tan artista como España, del propio modo que la sola presentacion de *uno* de los quince ó veinte cuadros que vamos á examinar (aludimos al de *Los Puritanos*), constituiria un título de honor para esta patria de los Velazquez y Murillos.



MULEY-ABUAS, JEFE DEL EJÉRCITO MARROQUÍ, TOMADO DEL NATURAL.



EL GENERAL PRIM Y SUS AYUDANTES. (DE FOTOGRAFIA.)

## IV

El cuadro mas notable de la primera sala es indudablemente y á juicio de todo el mundo, *La Rendicion de Bailen*, lienzo de grandes proporciones, debido al señor Casado, y su mejor obra hasta de presente.

Si este cuadro se dividiera en pedazos, muchos de ellos, aislados, serian de primer orden. El húsar que hay junto á Dupont está magistralmente sentido y pintado. El mismo Dupont es una noble y hermosísima figura. En el grupo de los vencidos que desfilan prisioneros, hay gran sentimiento y resalta de una manera que conmueve al espectador, la vergüenza de la derrota. En toda esta parte del cuadro abundan las cabezas de buena expresión, soberbio colorido y perfecto modelado, siendo únicamente de lamentar que no ocurra lo mismo en los grupos de españoles. Diríase que el pintor es francés y se ha esmerado en hacer mas bellos y dignos á los vencidos que á los vencedores, como Claudio Coello, en el *cuadro de la Santa Forma*, procuró y consiguió que los frailes resultasen mas inteligentes y distinguidos que los cortesanos de Carlos II.

Fuera de esto y de algunos accesorios tocados con valentía, el todo no constituye unidad, y la falta de unidad eclipsa la mayor parte de las bellezas. La accion mas interesante no resalta á primera vista de una manera eminente, sinó que se confunde algo en el conjunto. Los episodios se mezclan y se oscurecen mutuamente. La disposición de los grupos es confusa, sobretudo la del que forman los caballos que hay detrás de los generales vencidos. Vese allí alguna figura que parece montada en dos caballos á un mismo tiempo. De todo esto resulta un conjunto, no animado y bullicioso; sinó embrollado.

También destruye la unidad, por otro concepto, la desigualdad del dibujo, exagerado á veces, otras correcto, y otras raquíto, desigualdad que se nota tambien en la disposición de cada una de las figuras.

Los personajes principales, los héroes de la accion, Castaños y Reding, pecan sobre todo de mezquindad y amaneramiento, teniendo algo de ridículos, como si los hubiese pintado un fanático enemigo de su gloria ó de su fortuna. Castaños, mas viejo en el cuadro del señor Casado de lo que era en el año 1808, y mas exíguo de estatura y robustez que lo hizo el cielo, no parece un vencedor, sino un mendigo ó un pretendiente cortado y receloso. En cambio, Reding es un fanfarron insoportable, á la vez jactancioso y raquíto, tirado hácia atrás con cierta cómica tiesura, mas propia del saniete que de la epopeya, é indigna de hidalgos militares en situacion tan patética y solemne.

Tampoco son oportunos todos los episodios del cuadro, no lo es el grupo de españoles que vocean, cuando están hablando sus Generales:

lo es mucho menos el que se cura la herida casi en el centro del drama, al lado mismo de Castaños, sin tender á aquel acto importantísimo.

La luz, repartida por igual en el cuadro, es mas una niebla luminosa que verdadera luz armónica, dispuesta para dar su verdadero color á la entonacion general: asi el cuadro resulta algo abigarrado, falto de perspectiva aérea, y de consiguiente, con los términos mezclados y confundidos. Para que sobresalga la cabeza de Castaños, harto vulgar, sino nula en cuanto á espresion, se ha valido el autor del recurso de pintar detrás de ella una cosa blanca que ni aun siquiera se adivina lo que es. El cielo, en fin, el aire, la tierra, la misma luz, están muy lejos de ser y representar la Andalucía en aquel ardiente dia de julio, en que el sol abrasaba á los combatientes, segun refieren los historiadores y los testigos presenciales de nuestra gran victoria sobre las águilas francesas.

(Se continuará.)

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

## V

El segundo cuadro que atrae las miradas del público en esta primera sala, es un *Descendimiento*, obra de don Domingo Valdivieso.

Esta composición se recomienda por el mucho sentimiento que la anima, pero adolece de timidez é incoherencia. El dibujo es incorrecto, y la entonación buena, aunque desigual. La figura de San Juan está dispuesta y pintada con valentía. El grupo de mujeres en que descuella la Virgen, es amanerado. Están, en fin, muy *desdibujados*, como dicen los pintores, el Cristo y la Magdalena. Con todo, este cuadro llama la atención y honra al señor Valdivieso por el sentimiento igual, digno, verdaderamente religioso, sin nada de dramático, que reina en todo él, y por su agradable colorido.

## VI

### SEGUNDA SALA

Hémos en frente del gran cuadro de la esposicion; de la mejor obra que, á nuestro juicio, ha producido el arte español en estos últimos tiempos; del *Desembarque de los Puritanos en la América del Norte*, última composición del señor Gisbert, autor de la *Muerte de los Comuñeros*.

Dejamos apuntado en el artículo anterior, y lo repetimos ahora, que este lienzo vale por sí solo toda una esposicion. Entre él y los demás

presentados, hay una distancia inmensa. Los *Puritanos* es la obra magistral, concienzuda, rigurosa, del gran pintor que ha adquirido ya la seguridad de sus fuerzas y el dominio del arte y ejecuta todo lo que se propone y no hace mas ni menos de lo que constituye su inspiracion. Véase allí la *difícil facilidad* de los grandes maestros; la sencillez sublime; la sobriedad grandiosa que admiramos en Zurbarán y Murillo.

Los *Puritanos*, aquellos iconoclastas del protestantismo, son, como si dijéramos, los Savonarolas y Arnaldos del cristianismo reformado, ya por sí solo enemigo del culto externo. Perseguidos por la Iglesia Anglicana, embarcáronse en gran número para la América del Norte, resignados y tranquilos en tanta tribulacion, decididos á fundar allí ciudades animadas del ardiente republicanismo y de la austeridad religiosa que llevaban en sus almas.

El cuadro del señor Gisbert representa el momento en que los emigrados saltan á tierra en el Nuevo Mundo. Están de rodillas, dando gracias al Eterno Padre. En medio de ellos, un sacerdote de pie, levanta el rostro y las manos al cielo. En su diestra ostenta un libro en pergamino; la Biblia. Todos visten con sencillez severa. Véanse allí madres, niños, púdicas doncellas, y aguerridos soldados. Una solemne tristeza y una calma augusta presiden á aquella escena. Mas que la desolacion del infortunio, véase allí el místico gozo del martirio aceptado. Adivínase que los fugitivos no serán en América unos náufragos que arrastren una existencia precaria, y se diseminen y desaparezcan en el desierto de su desamparo, de su pobreza, de su desventura. Presiéntese por el contrario, que la semilla de su fe y de su dolor ha de ser fecundo y producir lo que produjo; pueblos é instituciones.

Viniendo á la ejecución del asunto, elogiaremos ante todo la gran unidad de accion, de composicion y de sentimiento que domina en la obra. Sin perder la variedad propia de una muchedumbre de personas estrañas, ofrece aquel grupo cierto aire de cuadro de familia, que le añade nueva ternura y santidad. Sobriedad y nobleza; carácter sin afectacion; dibujo grande y correcto; realidad sin *realismo*, ó sea sin grosería; hé aquí las principales dotes de la composicion.

La figura principal (el sacerdote) es al mismo tiempo la mejor. La violencia de su posicion no es casual ni amanerada, sino que está diestra y magníficamente escogida por el autor, como fiel muestra de la fuerza de los sentimientos que animan á aquel hombre; el rostro de este personaje, su cabeza toda, son de lo mas bello y espresivo que ha producido la pintura. ¡Qué inspiracion! ¡qué humildad tan magestuosa! ¡qué ternura tan del alma! Es á un mismo tiempo el pastor santo de aquella perseguida grey, y el manso cordero, pronto al sacrificio.

Entre tanta hermosa figura como llama la atención en el lienzo, hay todavía dos que interesan vivamente al público.

Es la una la de un anciano que besa el suelo, y á quien no se le ve el rostro, pero sí las manos, cruzadas sobre la cabeza, y una venerable calva; todo imaginado de tal manera que infunde piedad y respeto y atrae las lágrimas á los ojos.

La otra figura es una interesantísima doncella, de elegante y modesto porte, bella y triste como el ángel de la Oración del Huerto, vestida con un decoro, con una sencillez, con una gracia y presentada en actitud tan humilde y dulce, que puede decirse que enamora las almas de cuantos la miran. En aquellas pupilas de indefinible color fijas en el cielo, ¡qué ternura, qué pena, qué suavidad! En aquella boca que retiene un sollozo ¡qué gracia, qué encanto, qué pureza!

A la derecha se ve al puritano lejendario, al héroe de Walter-Scot y de Bellini, fuerte, rudo, fanático, batallador.—Hay otro, sumamente rubio, con las manos abiertas y cruzadas sobre el pecho (pintadas maravillosamente), cuyo semblante trasluce una devoción tan íntima como la de los Santos de Perugino.

Por todos estos caracteres se comprenderá que el cuadro de los *Puritanos* es el verdaderamente religioso de toda la exposición, donde tanto abundan los asuntos místicos.

Algunos tachan de pálido el tono general. Otros opinan, con razón en nuestro entender, que es el que corresponde á la poesía de aquella escena, al clima, y á la soledad y melancolía de aquellos severos personajes.—La indefinible tristeza, la sublime unción que trasmite al anciano la obra del señor Gisbert, se avendrían también mal con un fondo más lujoso, más preciso, más rico de accidentes. Decimos esto, porque ha habido variedad de pareceres sobre el particular.

Justo es decir, sin embargo, que el grupo de la izquierda resulta con menos perspectiva aérea y menos bulto que el opuesto.

Así y todo, el conjunto del lienzo recuerda la sobriedad de color y la realidad en las figuras, propias de la antigua escuela española, no por imitación, sino por efecto de la grave austeridad de que ha estado poseído el genio del señor Gisbert al concebir y ejecutar la mejor de sus obras.

## VII

En esta misma sala se encuentra un cuadro del docto y concienzudo dibujante don German Hernandez Amores.—Titúlase *El sepulcro: despedida de la Santísima Virgen del cuerpo muerto de Jesus*.

Lo mejor, es enemigo de lo bueno: así lo prueba esta obra, donde el atildamiento ha matado la inspiración. La afición á lo ideal véese apenas bajo las mutilaciones que ha hecho en este lienzo el afán de perfeccionar y corregir.

La composición, algo inconexa de suyo, lo parece más, porque cada figura se separa del todo armónico, aislándose dentro de un contorno angustioso y seco. Conócese que el cuadro no fue concebido de una manera grande y resuelta, defecto capitalísimo en este pintor, pues tendiendo como tiende á la belleza absoluta é ideal, por erudición y por sentimiento, no puede prescindir de la grandeza hasta como mero *grandor*, hasta como simple magnitud. Esta última ha ido desapareciendo poco á poco en el cuadro del señor Hernandez, á fuerza de toques y retoques, hasta no quedar más que formas entumecidas, tiesas y achicadas. Las dos figuras de Arimathea y Nicodemus, y la de mujer que hay junto á la puerta de la cámara sepulcral, y aun la de la misma Magdalena, recuerdan el buen molde en que fueron vaciadas, ó sea la primera inspiración del señor Hernandez; pero las demás están completamente aniquiladas por su propio inventor.

El drama campea en un fondo bueno, si se le considera aisladamente, y á propósito para el asunto; pero demasiado importante, hasta el punto de anular las figuras. El color completa la dureza y sequedad del cuadro, porque no sirve para dar luz ni fijeza, sino meramente para rellenar de tintas el contorno de las figuras. El del fondo, sin embargo, tiene entonación, y por lo mismo desdice más.

En cambio de estos defectos, encontramos en el cuadro del señor Hernandez buen gusto, propiedad histórica, propensión á la buena escuela clásica y el sentimiento filosófico del asunto que trataba.

(Se continuará.)

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

## VII

### TERCERA SALA

*Vuelta de las Hadas al lago*, por don Dióscoro Puebla.

Fue creencia popular, sobre todo en los pueblos germanos, que las Hadas; espíritus que moran en el fondo de los lagos, abandonan las aguas durante la noche y vagan por el mundo, abriendo el cáliz de las flores nocturnas, adornando otras con las perlas del rocío, procurando dulces sueños á las doncellas y meciendo la cuna de los niños, hasta que al amanecer, ahuyentadas por la luz del sol, que no pueden resistir, y ven-

cidas por el sueño, tornan á refugiarse, adormecidas, en el fondo de las olas.

Este último momento es el escogido por el autor del *Desembarco de Colon* como asunto de su nuevo cuadro, digno á nuestro juicio de la alta reputacion del señor Puebla.

Para juzgar esta obra, sería menester sacarla del lugar en que se encuentra y donde es imposible prescindir de la disposicion de ánimo, ocasionada por los demás cuadros de la esposicion. El espíritu español, dramático y apasionado siempre, dispuesto á pasar de un extremo á otro, de lo grande y conmovedor á lo grotesco y ridículo; pero poco aficionado á vagar por las regiones de un mundo tranquilo y risueño, se deja ver, mas que nunca, en esta esposicion, donde abundan los asuntos ascéticos, predominan los religiosos, no escasean los fúnebres y se halla una respetable cantidad de picarescos, llanos y populares.

Insistamos en esto, ya que incidentalmente ha caido tal materia bajo nuestra pluma. Nuestro genio nacional se distingue principalmente (y ya lo indicamos en el introito de estas revistas) por la austeridad y verdad de su inspiración. La fe, la historia y la realidad descarnada, apenas dejan vacío en nuestras artes y nuestras letras á otra clase de inspiracion. El Cid, ó Lazarillo de Tormes; don Pedro el Cruel, ó Rinconete y Cortadillo; las vírgenes de Murillo ó los enanos de Velazquez, los frailes de Zurbaran ó los chisperos de Goya; y si invadimos alguna vez las regiones clásicas, mitológicas, fantásticas, es para hacer la caricatura del Olimpo en el admirable *Cuadro de los Borrachos*.

La pintura mitológica en que tanto brilló Ticiano, fue siempre en España género exótico, importado de Italia, que no prevaleció entre nosotros. Por otra parte nuestro público, nada erudito, se muestra indiferente ante las invenciones increíbles del género fantástico-pagano, y asi es que se queda parado delante de la *Vuelta de las Hadas*; pregunta: *¿Y eso? ¿Qué es?* se lo esplican; y responde, marchándose: «¡Las Hadas! No lo entiendo», ó «no me importa», ó «no lo creo». Y se va en busca de reyes de España, de corazones contritos, de rasgos patrióticos ó de travesuras características del pais.

¿Cómo, pues, pasar sin violencia desde las escenas horribles y lastimosas, ó bufas y grotescas, que pueblan la esposicion, á contemplar un cuadro tan plácido y deleitoso como el reino fantástico de las *Hadas*, que se pierden entre las aguas desvaneciéndose como la niebla al primer rayo del sol? ¿Cómo prescindir del carácter propio, para contemplar con la serenidad de animo necesaria aquel sueño de una fantasía lánguida, risueña y amante de lo bello por lo bello?

Tal es la obra del señor Puebla: en ella solo hay que buscar, y esto es lo bastante, armonía en el conjunto, gracia en la forma, vaguedad y ligereza y magia en el colorido.

Mucho de esto hay en el cuadro, en cuyo abono puede citarse hasta cierta ausencia de un realismo, que de existir rebajaría tan nebulosa y delicada creación á un engendro abigarrado y grosero.

En el grupo principal hay un bellsísimo torso lleno de esbeltez y poesía, digno de los grandes pintores mitológicos de la escuela Veneciana. Asimismo se ve casi en segundo término otra figura tendida que realiza por completo lo que la imaginación comprende como el tipo delicioso de una *hada*. Estas dos figuras ostenta, además de un correcto dibujo y la mas graciosa y seductora disposición, una encarnación y color que recuerda los desnudos jugosos y transparentes de Ticiano. Las demás figuras lucen por la variedad é inventiva de sus actitudes, todas de gran empeño, presentando atrevidos escorzos y desempañadas con facilidad magistral. El fondo, que se compone de las brumosas lontananzas del lago, del opulento ramaje de un sauce y de un último término de montaña y cielo, no puede ser mas adecuado al asunto.

En cambio, de estas cualidades que ya indicaba el señor Puebla en las dos *Bacantes* que pintó en años anteriores, nótase en el cuadro de las *hadas* cierta monotonía de colorido que quita bulto á los grupos y aire al fondo. La luz que ilumina la composición es algo mas que un crepúsculo indeciso y vacilante, y se reparte tan por igual, que impide la gradación natural y conveniente en los diversos términos, confundiendo y eclipsando á veces las bellezas parciales del colorido. Los velos rojo y de color de rosa que tanto se destacan en el centro del cuadro, le perjudican también mucho.

Aconsejamos al señor Puebla, cualesquiera que sean sus dotes para esta clase de pintura y los encantos de ella, que se vuelva sin pérdida de tiempo al camino tan valientemente emprendido con su cuadro del *Desembarco de Colon*.

## IX

*Conversion de San Francisco de Borja*, por don Lorenzo Valles.

Este cuadro está inspirado, á lo que parece por el de Paul de la Roche, que representa á Cromwell contemplando el cadáver de Carlos I, solo que el autor español ha estado poseído de un sentimiento, mas que estraño, opuesto al que su obra requería. Un ataúd, colocado de cualquier modo, y una figura siniestra al lado, bastan para espresar el pensamiento del pintor francés, y representan suficientemente aquella especie de diá-

logo fantástico entre el verdugo y la víctima; y aquel infortunio ultrajado por la curiosidad, la compasion y el rencor de una ambicion sombría; pero tales elementos no bastan para representar una escena tan solemne y religiosa como la conversion de San Francisco de Borja.

Aquí se trata ó debia tratarse del esplendor vivo y el esplendor muerto, de la grandeza y la vanidad terrenas presentadas en contraste y produciendo un vivo arrepentimiento como fruto de una iluminacion divina; y esto ni resulta ni podia resultar de un cuadro donde solo aparece un ataúd entreabierto y humildemente colocado sobre unas sillas sin aparato régio, ni siquiera religioso, y un personaje pensativo que contempla el féretro demostrando lástima y á lo mas terror.

En segundo término, como para precisar el hecho representado, se ven algunas figuras que se alejan tapándose las narices para evitar el mal olor. El episodio es harto material, y ni tan secundario que no ofenda la unidad de la composicion, ni tan importante que la complete.

Como ejecucion, hay en el cuadro cierto vigor y entonacion agradable, aunque por evitar el horror de la muerte, el pintor solo ha dejado ver, sobresaliendo del féretro, la rubia cabellera de la emperatriz; pero pintada de tal suerte, que mas hace adivinar una mujer viva que un cadáver infecto.

Mas acertado anduvo el mismo autor en la composicion del cuadro que representa *el cadáver de Beatriz de Cenci*, espuesto en el puente de San Angelo, y rodeado de gentes del pueblo que lo contemplan y cubren de flores. Los grupos están distribuidos con facilidad y soltura: hay unidad en el sentimiento y variedad en la espresion lo mismo que en las figuras; pero en cambio la entonacion es muy pálida, y débil por lo general el dibujo.

(Se continuará.)

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

## X

*El Cardenal Cisneros contestando á los Grandes, que le pedian los poderes, en virtud de los cuales gobernaba*, por don Víctor Manzano.

Como todo cuadro en que la unidad depende de un objeto distante y secundario, el que nos ocupa tiene algo de incompleto y desigual, por razon de su propio asunto. La escena se compone de los Grandes, del Cardenal y de los cañones, y así resulta un grupo amanerado de gentes que se dirigen al término de la accion, esto es, á un último término diminuto, y que sin dejar de ser principal en el asunto, tiene por fuerza que ser mezquino en la pintura.

Además, el cuadro está pobremente concebido. Uno de los personajes peca de irreverente y osado, puesto que está cubierto y poniendo mano á la espada, sin que lo justifique una demostracion manifiesta y viva de cólera, mientras otro se inclina y otro recoge la vista con la mano para mirar las tropas que el cardenal señala desde el balcon. Ambas posiciones son poco dignas y algo pueriles. La figura de Cisneros es enérgica, pero sin grandeza: es un fraile de mal genio, que no responde á la importancia histórica del célebre Franciscano. Por lo demás, el dibujo es débil en extremo y el color desigual, á veces verdadero y armónico, y á veces ingrato y desentonado.

El señor Manzano tiene dadas pruebas de que sabe hacer algo mucho mejor que su ultimo cuadro: esperamos que en otra Esposicion volverá por su decadente nombre.

## XI

*Doña Isabel la Católica dictando su testamento*, por don Eduardo Rosales.

Esta es una de aquellas obras en que el pintor luce y merece mas que su hechura. Merced á dos buenas cualidades, que son el acierto en la composicion y la perspectiva aérea, déjase ver en este cuadro una inspiración jóven, rica y llena de esperanzas. Pero como dibujo y colorido de cada una de las figuras, hay no poco que censurar, notándose frecuentemente la mano de principiante.

El dibujo es incorrecto, y en cuanto á la entonación, desvirtúala por todas partes y como que la mancha una tinta negra que destruye, sobre todo, el color de las carnes.

La figura principal del cuadro, la de la reina, no tiene nada de representación histórica; ni es un retrato, ni está en situación, ni espresa la severa y solemne poesía de aquel instante. Estamos por decir que el señor Rosales, al tener que pintar la última hora de Isabel I tendida en su lecho, se ha inspirado inconscientemente en la impresion que le produjera alguna vez en el teatro la muerte de la *Traviata*. Lo cierto es que la augusta anciana, la austera moribunda que el señor Rosales debió pintar aquí, se ve reemplazada por una jóven cualquiera, adornada con la toca tradicional de la conquistadora de la Alhambra. En cambio don Fernando V está admirablemente concebido y caracterizado.

Pero cualesquiera que sean los defectos de este cuadro, es fuerza insistir en que, mas que la obra, se deja ver allí al pintor, y en este concepto la censura se le debe dirigir á él. Hay un alarde de valentía, impropio de una mano aun inesperta, que si por una parte indica cierta

seguridad y desembarazo, por otra hace temer que el artista acabe por donde debiera principiar, y se amanere é imposibilite para pintar con mas precision y pureza. Los alardes de valentía deben ser resultado del estudio y la práctica: para pintar *poco* y con acierto, es necesario haber pintado mucho y escrupulosamente. Compárense si no las primeras con las últimas obras de Velazquez, y se verá confirmado este aserto.

De cualquier modo que sea, el novel espositor merece mil enhorabuena, como la que nosotros le damos, leales y sentidas, hijas de nuestro amor al arte y á la patria, no fruto de aviesas intenciones, como lo han sido á nuestro juicio los primeros hiperbólicos y exageradísimos aplausos con que la gente del oficio saludó esta obra. Aquellos aplausos, lejos de provenir de una entusiasta alegría, representaban el deplorable intento de perjudicar á dos pintores españoles: al señor Gisbert, rebajando su cuadro de los *Puritanos* hasta igualarlo ó subordinarlo al del señor Rosales, y al señor Rosales, haciéndole cargar con la dura é infalible responsabilidad de tan loco paralelo, y desvaneciéndole é infatuándole hasta un punto, que de ser poca la sensatez del bisoño artista, hubiera podido encariñarle con los errores de su primer ensayo, y frustrar completamente su seguro porvenir en el arte de la pintura.

## XII

*La duda de San Pedro*, por don José Marcelo Contreras.

Este cuadro demuestra que su autor tiene mas facultades que arrojo y osadía. Asi se le ve acudir á distintas fuentes, no fiándose de la propia inspiración, para trasladar á su obra el espíritu religioso de los maestros que por él se han distinguido. Cuando la inspiración agena que ha tomado por modelo coincidia con la suya, el pintor ha sido original, sin quererlo ni saberlo, y el resultado ha cedido en ventaja de la obra. Mas cuando ha tratado de reproducir un sentimiento impropio ó ageno de su inclinación artística, la imitacion ha sido un pálido y muerto remedo y nada mas.

Representa el cuadro al Salvador en el momento de caminar sobre las aguas hácia la marca de los apóstoles que zozobra entre el removido oleaje. San Pedro arrepentido de su poca fe en la protección de su Divino Maestro, le sale al encuentro y se postra sobre las olas. A lo lejos se ven los apóstoles en la barca, poseidos del estupor del milagro, de la conmoción del pasado terror, y de amor y ternura hácia Jesus.

Estas figuras, que aunque últimas y secundarias, son las principales en cuanto á su mérito, están evidentemente inspiradas por la escuela hispano-italiana que floreció en Valencia en el siglo XVI, en la cual, bajo

las clásicas formas del arte romano, se cobijaron la devoción y misticismo propios del espíritu español. El pintor, pues, ha reproducido felizmente aquel sentimiento por convenir con el suyo. En la imagen de San Pedro el pintor ha tenido presentes las creaciones de una escuela posterior, menos clásica y pura, pero más real y vigorosa; de la escuela por excelencia española, que floreció en el siglo XVII.

Este es sin duda el verdadero estilo del pintor; pero, aunque por ser así, ha pintado vigorosamente la figura del príncipe de los apóstoles, la ha exagerado por todos conceptos haciéndola algo grosera, y revisitiéndola de una brillantez metálica que recuerda las exageraciones de colorido de Francisco Ribalta.

En cuanto á la figura principal, la de Jesús, el pintor se ha equivocado de medio á medio el intentar hacer el Cristo a la moderna, esa figura, producto de un sentimiento erudito y alambicado, más bien que de la espontaneidad y la fe, que raras veces ha encontrado una representación digna en los cuadros contemporáneos, y que de seguro será muy difícil que la encuentre en cuadros españoles. Jesús, en el cuadro del señor Contreras, es un fantasma inerte y tieso, un maniquí, bajo cuyos pies se duermen las olas (de una manera muy bella por cierto), en señal de que la tempestad enmudece y se anonada bajo la planta del Criador.

Por lo demás, la entonación del cuadro es buena y vigorosa, aunque los términos marcados por las figuras no ofrecen á la vista la natural distancia por un defecto, harto común en todos los cuadros de la espesición actual, por falta de perspectiva aérea.

### XIII

*La Virgen del Desierto*, por don German Hernandez. No comprendido en el catálogo, pero señalado con el número 582, hay un cuadro que representa á la Virgen con el Niño en los brazos.

Este interesante grupo se destaca en un fondo de país árido y calcinado, tal como la fantasía se representa la tierra de Egipto. La figura de la Virgen, envuelta en los amplios pliegues de un manto y dominando sobre un fondo incierto y lejano, en que se pierden en tintas cenicientas los confines de cielo y tierra, despierta la idea de una soledad y un silencio solemnes, de un recogimiento universal que acompaña al reposo del Dios niño, mientras por él vela y en él se complace la ternura de su madre.

Este cuadro da á conocer la verdadera índole é inclinación del señor Hernandez; contemplativa, tierna y no dramática, ni apasionada, ni violenta; y como en Bellas artes todo obedece á la espontaneidad del ingenio y del carácter, el pintor en esta obra, tan propia de su aptitud ge-

ruina, ha encontrado mucho mejor colorido que en otros cuadros, y un dibujo mas digno del ideal á que aspira.

(*Se concluirá.*)

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

#### XIV

Parece que la inclinacion general de nuestros pintores, asi antiguos como modernos, hácia la reproduccion de la vida real deberia favorecer la pintura de *cuadros de costumbres*: la esposicion, sin embargo, da muestras de todo lo contrario, pues aunque son muchos los presentados de esta clase, hay pocos que escoger y los mas tienen una procedencia extranjera.

El mejor de todos ellos, y al propio tiempo el mas español, es el designado con el número 141; y es obra de un pintor francés.—Mr. Julio Worms.

Representa un bodegon de Asturias, en el cual están reunidos varios de los tipos provinciales mas característicos; un maragato, un andaluz, un asturiano, un gallego y otros cuantos de menor importancia en la composicion, á cuyas diversas actitudes y espresiones da unidad la presencia de una moza del pais, arrogante y viva, que atrae las miradas y despierta la rivalidad de todos ellos. Hay en este cuadro animacion, carácter, espresion, y armonioso colorido, y seria completo si hubiere en él mas ambiente y tuviesen mas bulto las figuras.

Otro cuadro del mismo autor (núm. 442) que representa una cocina valenciana, está concebido con cierta gracia, pero le falta la vida y armonía del anterior.

Los cuadros de los señores Ruiperez, Zamacois, Agravot, Serra é Hispaleto son de procedencia extranjera, unos franceses y otros italianos, cuyos respectivos estilos no es fácil que prosperen en España. No es esto ciertamente un demérito, mas por lo que pueda importar cualquier dato que indique el porvenir de nuestras artes, bueno es poner en lugar separado aquellas obras que probablemente no han de ser modelos de escuela.

Los cuadros del señor Ruiperez son como todos los suyos, atildados, de buen gusto y discretamente concebidos, pero comparados los de este año con los que tuvimos el gusto de admirar en la esposicion anterior, son inferiores sin disputa. Las figuras tienen contornos secos y recortados, y el color es menos vario y brillante, contribuyendo á marcar mas y mas la dureza y desabrimiento que perjudican á aquellas lindísimas composiciones.

Iguales defectos se notan en los cuadros del señor Zamacois, además de la inferioridad harto notable del dibujo.

El señor Agrasot, con su estilo moderno italiano, desvirtua el efecto de sus cuadros, en los que se nota siempre un toque rudo y desapacible. Serra peca de minucioso é Hispaleta de afectado.

El señor Fierros imagina bien sus cuadros y denota cierta propension á idealizar los asuntos populares, lo cual no deja de merecer elogio, con tal que no ceda, como cede, en menoscabo de la verdad y armonía del colorido y de la correccion y soltura del dibujo.

El cuadro del *Confesionario* del señor Manzano está pintado con gracia, y á trozos con verdad y viveza.

Por último, el señor Ferrandiz seria un pintor muy notable en su género, si manejando la espresion con la facilidad y gracia de que da repetidas muestras en todos sus cuadros, aprendiera á pintarlos; porque no basta la espresion para dar vida á unas obras en que, asi el color como el dibujo, son meramente ensayos de principiante.

En general, estos cuadros, con otra media docena de que no hay que hacer mencion especial, porque no presentan nada nuevo, carecen de una circunstancia muy esencial en la clase de pintura de que se trata; carecen de colorido, de aquel colorido trasparente y sólido al propio tiempo, que retratando la realidad sin groseria, da vida y luz y espacio á las composiciones, ya que por su carácter no puedan elevarse ni á la grandeza de la religion ó de la historia, ni á la magestad de una belleza clásica y severa.

## XV

La pintura de *retrato* está regularmente representada, aunque no tanto como es de esperar de nuestros pintores. La misma falta de solidez en el colorido que se nota en los cuadros de costumbres, se echa de ver en los retratos.

El señalado con el núm. 58, obra del señor Casado, es sin duda un excelente retrato y su efecto seria completo sino le desvirtuase algo la falta de sobriedad, esto es, cierta riqueza afectada de colorido que se advierte en él.

El núm. 174, del señor Gisbert, es un retrato sin concluir donde solo hay que admirar la verdad de unos magníficos paños, que son sin duda cosa muy secundaria respecto de lo que seria la obra si la cabeza y estremos estuviesen pintados de igual modo.

Los varios retratos del señor Llanos son ciertamente dignos de atención y están pintados con delicadeza é inteligencia; pero su estremada

palidez mata en gran parte el efecto y los desluce quitándoles animación y realidad.

El señor Llanos puede hacer mucho más, según lo ha dado á conocer en obras anteriores.

Otros retratos, de Puebla, Fierros y algún otro, se encuentran en caso análogo, de forma que siendo buenas obras, no lucen lo que deberían por falta de vigor y singularmente por falta de claro-oscuro, defecto que es muy general, ó por mejor decir, domina en todas las pinturas de la exposición.

## XVI

El *paisaje*, género tan importante en la pintura moderna, está pobrísimamente representado.

Podría citarse algún cuadro, muy raro, de regular valía, pero en su clase prevalecen tan poco las obras medianas, que no merecen un examen particular cuando por ningún concepto están á la altura proporcional de las de otros géneros.

## XVII

Finalmente, la pintura de *perspectiva*, de *animales* y de *naturaleza muerta* tiene en la exposición obras de estremo mérito.

Los dos interiores del señor Gonzalvo (en especial el que representa la antigua *Sala capitular* de Valencia, número 178) son de una verdad admirable, calidad principal, y que unida á la buena elección del objeto representado y del punto de vista que ofrece al espectador, completa todos los requisitos apetecibles en este género.

Los cuadros del señor Gimenez Fernandez (don Federico), y entre ellos, particularmente, el señalado con el núm. 160, que representa *un gallinero*, tienen toda la realidad y gracia que se puede desear en este género de pintura.

## XVIII

### ESCULTURA

En este arte, casi muerto hoy en todas partes, y que en la forma clásica que al presente se imita, nunca floreció con brillantez en España, es más de elogiar la intención de los artistas que el resultado de sus trabajos. Si hubiera de juzgarse del ingenio y conocimientos, aun podría

citarse el nombre de los autores de algunas de las esculturas espuestas; pero habiendo de juzgarse de obras, no puede en rigor mencionarse casi ninguna, sobre todo despues de hablar de los cuadros. Los señores Beller, Valmijana, Figueras, y el autor de la pequeña estatua de *Dante*, hacen esperar algun adelanto para lo sucesivo. Es cuanto tenemos que decir.

Respecto de la *arquitectura* aun hay menos que hablar que de la escultura. Este arte vive ya solo de copias, é imitaciones, y aplicado á proyectos imaginarios que nadie piensa en realizar. Dejémosle yacer.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

## POESIA MISTICA

(*El Museo Universal*, año 1867, págs. 30, 31 y 32)

### I.

Alguien sabrá el nombre del autor de los siguientes notabilísimos versos. Nosotros lo ignoramos.

Que lo ignoremos nosotros nada tiene de particular, pues, desaplicados y perezosos por desdicha, no hemos tratado nunca de averiguarlo; pero no habrá faltado de seguro quien, al leer unas composiciones de tan clásica forma y de tan profundo sentido teológico, haya querido averiguar y averiguado el nombre que no figura al pie de ellas.—Dígallo, pues, el que lo sepa ó lo sospeche.

Nosotros hallamos en nuestra niñez estos versos, *escritos á pincel*, ó sea en enormes caracteres murales, sobre las paredes del claústro-bajo del convento de San Diego de la ciudad de Guadix (hoy casa-cuna y cuartel del batallon provincial), y allí siguen afortunadamente (respetados por los expósitos y por los cabos y sargentos, á todos los que Dios se lo pague), sin que hasta ahora háyan sido impresos, que nosotros sepamos. Sólo en nuestra novelilla titulada *Fin de una novela*, insertamos, como muestra, algunos, muy pocos, de los versos que hoy sacamos á luz íntegros y coordinados.

Quizás fueron estas poesías las primeras que leímos en nuestra vida: tal vez con ellas nos ejercitamos en el deletreo y nos soltamos en la lectura. Los frailes acababan de ser espulsados, y el convento seguía de par en par. Nadie se había atrevido todavía á cerrar las puertas violentadas por la revolucion, y de consiguiente, los muchachos entrábamos y

salíamos en aquellos claústros como en nuestra propia casa ó como en los paseos públicos. Escusado es, por lo tanto, añadir que todos nos aprendimos de memoria aquellos versos, sin comprenderlos enteramente. Mas tarde, cuando escitaron ya nuestra admiración (que fue precisamente cuando se empezaron á *entornar* por otra parte las susodichas puertas), los copiamos cuidadosamente y los guardamos como oro en paño; pues oro son, y oro puro bajo el punto de vista teológico y literario.

Despues hemos sabido que en otros conventos españoles, sobre todo en la misma Andalucía, existen los mismos versos en idénticas condiciones. Como quiera que sea, á medida que pasan los años, crece nuestra devoción hácia aquellos conceptos místicos tan calorosamente expresados, y nos asombramos mas y mas de que no sean conocidos de todos los amantes de las letras, al par de los mejores cantos ascéticos de fray Luis de Leon y de Santa Teresa de Jesus.

Con este propósito los publicamos en las columnas de EL MUSEO, rogando de camino á los bibliómanos que vean de dar, si ya no han dado, con el anónimo autor de tales maravillas, pues en ello recibirá merced la patria literatura.

Con que oigamos.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

En el vestíbulo se lee el siguiente

SONETO

¡Ay de mí, pecador! ¡Oh miserable!  
 ¿Cómo ofendí Señor tan poderoso?  
 ¿Cómo fuí ingrato á tan divino esposo?  
 ¿Cómo pude olvidar bien tan amable?  
 ¿Cómo seguí del vicio detestable  
 el gusto fugitivo y engañoso?  
 ¿Cómo olvide el juicio riguroso,  
 la eterna gloria y pena perdurable?  
 ¡Oh! ¡quién ahora de dolor muriera!  
 Mas sírvenme, Dios mío, de consuelo  
 ver que vuestra pasión y muerte es mía:  
 Si posible gozar el cielo fuera,  
 ofendiéndoos, mi bien, dejara el cielo,  
 y amándoos, el infierno elegiría.



Ya dentro del claustro, se leen las siguientes octavas, cada una de las cuales está encerrada en un cuadro pintado sobre la pared, figurando un marco.

I

O tú, que presa del mortal pecado,  
ries, comes y duermes, sin que el verte  
por siervo del demonio ya marcado,  
de hijo que eras de Dios, llegue á dolerte;  
ni menos que del libro ya borrado  
de la vida, la aguarde eterna muerte...  
Suspira, gime, llora, al cielo clama,  
pues es fe que oye Dios á quien le llama.

---

II

Veo que estás sobre profunda sima,  
pendiente sólo de un delgado hilo,  
y que la parca inexorable arrima  
para cortarle, el riguroso filo.  
Veo que aunque la muerte se te intima  
no busca tu dolor piadoso asilo...  
Gime, pues, pecador, suspira, llora;  
ahora es tiempo y quizá la última hora.

---

III

¿Qué sirve al ciervo la veloz huida,  
si el harpon no sacude de la flecha?  
¡No sacándose el hierro de la herida  
poco aplicarle el bálsamo aprovecha!  
Si de la oculta llaga envejecida  
el alma el mortal hierro no desecha,  
del Sacramento la virtud divina  
veneno le será, no medicina.

## IV

Advierte que las culpas mas atroces,  
 confesadas, las cubre Dios y olvida;  
 mas si las callas, indignadas voces  
 da su justicia, de ellas ofendida.  
 Tiempo es que las gimas, y que goces  
 de la sangre por tí de amor vertida,  
 antes que se difina la sentencia  
 y sea sin valor tu penitencia.

---

## V

Sean diez, sean veinte, sean ciento,  
 mil, un millon, millares de millares,  
 mas que las hojas que remueve el viento,  
 y la arena que ciñe tantos mares;  
 sean, en fin, sin número ni cuento  
 las veces que has pecado ó que pecares,  
 si al punto vuelves al Señor, abiertas  
 hallarás de su amor las dulces puertas.

---

## VI

¡Oh Señor, quién viniera tan contrito  
 que de dolor y puro amor muriera!  
 Confieso que fue enorme mi delito,  
 que fue mi culpa abominable y fiera,  
 pues antepuse á un Dios un apetito,  
 la falsa á la hermosura verdadera;  
 vuestra piedad inmensa me reciba,  
 pues que gustais que me convierta y viva.

---

VII

Confieso, Jesus mio, cuán errado  
mis apetitos ciegos he seguido;  
ya, Señor, con dolor de lo pasado  
vuelvo á tí, de tu gracia reducido.  
Si te dignas, mi bien, de ser amado  
de un aleve que tanto te ha ofendido,  
dáme, amor mio, amor con que te ame,  
luz que me alumbre, fuego que me inflame.

---

Antes de volver á la segunda galería, se encuentra este

SONETO

¡Ay amor! ¡Oh dulcísimo tirano!  
si es que puede llamar tiranía  
robarme el alma, el que del alma mia  
es alma, es vida, es dueño soberano.  
¡Ay vida! ¡Ay alma! ¡Ay dueño! Si tu mano  
regala así con el harpon que envía,  
morir mil veces, mi Jesus, querría,  
antes que verme de tu herida sano.  
¿Mas sanar, cómo puedo, si de suerte  
llego á estar, que la vida sólo siento  
en el ardor con que á morir aspiro?  
¿Qué me falta ya, pues, para la muerte,  
si estoy sin alma y sólo tengo aliento  
para el dolor, las ansias y el suspiro?

---

OCTAVAS DE LA SEGUNDA GALERIA

I

¿Qué ceguedad, qué frenesí, qué encanto,  
la alma inclinó del cielo á la vil tierra,  
buscando gozo donde todo es llanto,  
buscando paz á donde todo es guerra?  
De su apacible reino y templo santo  
á su Rey, á su Dios, loca destierra,  
para hacerle del vicio establo obscuro  
y revolcarse en el inmundo cieno.

## II

Si te olvidas de tanto beneficio,  
 si te fias de mundo tan aleve,  
 si te enamora la fealdad del vicio,  
 si el temor de la muerte no te mueve,  
 si no recelas el fatal juicio,  
 si amas vida tan mísera y tan breve,  
 ¿qué medio eliges para el bien eterno?  
 ¿sabes que hay muerte, juicio, gloria, infierno?

---

## III

¿De qué, infeliz mortal, te alegras tanto,  
 pues el fiel desengaño ya te avisa,  
 que siempre ocupa la aflicción y el llanto  
 los extremos livianos de la risa?  
 ¡Oh, con cuánta amargura y dolor cuánto  
 verás cuando la cuenta des precisa,  
 que es humo fugitivo y sombra vana  
 cuanto hoy estima la ambición humana!!...

---

## IV

Gozas hoy sangre ilustre, edad florida,  
 despues serás en letras instruido,  
 despues tu ciencia se verá aplaudida,  
 despues en dignidad constituido,  
 despues descanso y deleitosa vida,  
 despues fama y renombre esclarecido...  
 ¿Y despues?... ¿Y despues?... ¡Oh trance fuerte!!...  
 Eterna vida ó sempiterna muerte.

---

## V

Junta en uno el poder y la belleza,  
 la salud, el descanso, la alegría,  
 la abundancia, la paz y la nobleza,  
 la virtud, la bondad, sabiduría,  
 el gusto, honor, seguridad, riqueza,  
 y cuanto dora el sol, tierra y mar cria:  
 que este tal, cuando tanto bien gozara,  
 fuera infeliz si al cielo no aspirara.

VI

Graciosamente Dios su gloria ofrece,  
de ella no haciendo aprecio la criatura,  
y el gusto abominable que perece  
á costa de su alma le procura.  
El cieno asquerosísimo apetece  
y deja el mar inmenso de dulzura;  
frágil le arrastra un débil apetito,  
y no el divino amor, bien infinito.

---

VII

Si todo á tu Criador, hombre, te debes,  
por haberte criado y redimido,  
¿cómo á negarle el corazon te atreves  
que su amor tantas veces te ha pedido?  
No su paciencia temerario pruebes,  
que un amor grande mal correspondido,  
en celo se convierte riguroso,  
volviendo juez airado al tierno esposo.

---

TERCERA GALERIA

I

¿Yo, para qué nací? Para salvarme.  
Que tengo de morir es infalible.  
Dejar de ver á Dios y condenarme,  
triste cosa será, pero posible.  
¡Posible! ¿Y rio y duermo y quiero holgarme?  
¡Posible! ¡Y tengo amor á lo visible!  
¿Qué hago, en qué me ocupo, en qué me encanto?  
loco debo de ser, pues no soy santo.

---

## II

Si ignoras, oh mortal, lo que es infierno,  
es tristeza, dolor, gemido, llanto,  
blasfemia, rabia, hedor, gusano interno,  
vision horrible, confusion, espanto,  
inestinguible llama, hielo eterno,  
hambre, desmayo, sed; y es fin, es cuanto  
para afligir el ánimo y sentido  
ordenó un Dios airado y ofendido.

---

## III

Acuérdate, mortal, de aquella hora,  
en que como ladron vendrá la muerte,  
y cuanto tu ambicion hoy atesora  
será despojo de su brazo fuerte;  
procura con virtud, pues, desde ahora,  
para vencerla á ella, á tí vencerte;  
pues á la eterna vida se apercibe  
el que muriendo así, sólo á Dios vive.

---

## IV

Si sólo por haberle Dios criado  
era digno el que ingrato le ofendia  
de verse para siempre desterrado  
del sumo gozo del eterno dia;  
al que le ofende, habiéndose humanado  
y por él padecido muerte impía,  
¿qué castigos serán aun los eternos?  
Menester es criar otros infiernos.

---

V

El tiempo entonces llorarás perdido  
cuando veas pendiente de un momento  
la eternidad que pones en olvido,  
perpétua gloria ó inmortal tormento.  
Turbada la razon, torpe el sentido,  
perdida la habla, el pecho sin aliento;  
lo que no has hecho en término tan largo  
¿querrás hacer en trance tan amargo?

---

VI

Si no se ha de pasar palabra ociosa,  
pensamiento ó instante el mas ligero  
de que no pida cuenta rigurosa  
el Juez terrible en tribunal severo;  
¿cómo, oh mortal, tu ceguedad viciosa  
atar piensa su brazo justiciero?  
¿A quién apelarás, si El te condena?  
Mira ese fin y á él tu vida ordena.

---

CUARTA GALERIA

I

Si cuanto abraza la celeste esfera  
de muy menuda arena se llenara  
y cada grano un corazon se hiciera  
que ardentísimamente á Dios amara,  
y aquel amor que en todos estuviera  
en uno sólo luego se juntara,  
muy poco ó nada fuera comparado  
á lo que Dios merece ser amado.

---

## II

¡Qué leve peso y yugo tan süave  
 es para el fino amor la ley divina!  
 Mas veloz que á su centro piedra grave  
 el amante á su amado fin camina.  
 No se sabe quietar, temer no sabe.  
 ¡Oh iman divino! ¿quién no se te inclina?  
 ¡Oh amor! Si en mí tu fuego se encendiera,  
 quien viviera de amor, de amor muriera.

---

En la misma pared se encuentra esta peregrina

## GLOSA

*¡Oh dulce suspiro mio!  
 No quisiera dicha mas,  
 que cuando de mí te vas  
 hallarme donde te envío.*

---

Por tí, amor del alma mía,  
 sumo bien que ausente adoro,  
 de día y de noche lloro,  
 suspiro de noche y dia.  
 Si de amor antes vivia,  
 ya con tan largo desvío  
 morir de dolor confío:  
 sino es, que vuela á quien ama  
 el alma envuelta en tu llama,  
*¡oh dulce suspiro mio!!*

---

Mira, suspiro amoroso,  
 pues vá la alma en tí envuelta,  
 no des con ella la vuelta,  
 déjasela allá á mi esposo.

Díle, que el fin mas glorioso  
que granjearme podrás,  
es que no vuelva jamás  
á vida tan triste y fiera,  
que como por él muriera  
*no quisiera dicha mas.*

---

Vivir sin lo que se estima  
es muerte disimulada,  
pues la alma en la cosa amada  
vive mas, que en lo que anima.

No es muerte, no, que lastima,  
la del amor, y así, irás,  
suspiro, y te llevarás  
la alma; pues yendo á mi amor  
no tengo dicha mayor  
*que cuando de mí te vas.*

---

Díle, que el mayor tormento  
que me aflige en tu partida,  
es, que estando allá mi vida,  
quede acá con la que aliento.

Y pues sabe lo que siento  
vivir, si es vivir el mio,  
desate este polvo frio  
en que presa el alma queda;  
porque felizmente pueda  
*hallarme donde te envió.*

---

En las pilastras y sobre los arcos que cierran el patio, se leen estas otras composiciones aisladas.

I

Contempla lo que has de ser,  
no aspiras á lo que espira,  
pon en lo eterno la mira,  
humo es hoy la luz de ayer.

---

## II

Ajusta el vivir de suerte  
que al final de la partida,  
saques de la muerte vida  
y no de la vida muerte.

---

## III

Todos, oh mortal, advierte,  
vamos sin cesar muriendo,  
y como el agua corriendo  
al mar de la amarga muerte.

---

## IV

Mira que de Dios el brazo  
há mucho que alzado está,  
y por ventura hoy será  
de tu enmienda el postrer plazo.

---

## V

Ciego pecador, ¿entiendes  
que hay muerte, gloria é infierno  
y que una y otro es eterno?  
¿Cómo, pues, á Dios ofendes?

---

## VI

De çuantos gustos sediento  
hasta aquí gozado has,  
¿qué tienes ó qué tendrás,  
sino dolor y tormento?

---

## VII

Lo mismo es seguir el vicio  
 en que te estás deleitando,  
 que irte ciego despeñando  
 al eterno precipicio.

---

## VIII

Asimismo aquel se mata,  
 que con la llaga mortal  
 la vida espiritual  
 del Sacramento dilata.

---

Encima de la portada de una habitación que hay abierta en la segunda pared de las primeras, se lee el siguiente versículo.

*Esse, fuisse, fore, tria florida sunt sine flore:  
 Nam simul omne perit, quod fuit, est et erit:  
 Quod fuit, est et erit; perit articulo brevis horae:  
 Ergo quid prodest, esse, fuisse, fore?  
 Vanitas vanitatum.*

*Ecclesiastes, c. 1, v. 2,*

Por último, en una galería corta, que conduce al templo, se leen estas dos octavas:

Del modo que al querer volar el ave  
 las plumas bate y puesta en cruz se escita,  
 así de nuestra carne el peso grave  
 en la cruz penitente se agilita.  
 Dejar la tierra y el vivir suave  
 con ferviente ejercicio necesita,  
 el que quiere gozar en mental vuelo  
 las suspensiones místicas del cielo.

---

Si hallaste ya la senda de la vida  
descárgate de todo lo que es tierra,  
todo afecto de carne circuncida,  
la cruz abraza, el propio amor destierra,  
lo eterno pesa, lo caduco olvida,  
cierra los ojos y los labios cierra:  
todo lo que no es Dios, ténlo por humo;  
no quieras otro bien que al que es bien sumo.